

BASILIO CALDERÓN - JOSÉ LUIS SÁINZ GUERRA - SALVADOR MATA

CARTOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA CIUDAD DE VALLADOLID



AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID



**Junta de
Castilla y León**

Consejería de Medio Ambiente
y Ordenación del Territorio

PRESENTACIÓN

Este libro nace con la intención de hacer comprender la ciudad a cualquier lector que comparta la curiosidad que han tenido sus autores en el trascurso de su elaboración y de la que nos sentimos partícipes las dos instituciones, conscientes del gran interés y deleite que supone para muchos ciudadanos la observación y el descubrimiento de la ciudad; de su pasado, de su evolución y de su presente a través de los planos en los que el observador o «curioso cartográfico» proyecta la imaginación y fantasía que un plano permite, por ser un ente convencional de representación y, por consiguiente, con un alto grado de abstracción.

Forma parte del estudio de la cartografía de Valladolid, de su evolución desde el siglo XVI hasta 1967, trabajo realizado por un selecto equipo de especialistas en urbanismo, como resultado de una fructífera colaboración entre la Universidad de esta ciudad y su Ayuntamiento, y que se ha ido plasmando en una serie de documentos ya editados: tres folletos iniciales de carácter sintético y dos libros que tratan en profundidad la relación de la cartografía con la ciudad.

Este Atlas que ahora presentamos es el hito final del mencionado trabajo. Contiene 179 planos y mapas seleccionados según criterios de calidad gráfica, representatividad histórica y riqueza de contenido, precedidos de un breve texto resumen de las concepciones cartográficas y de la ciudad. En el conjunto de estos planos y mapas el modelo natural tiene, unas veces, un protagonismo relativo, mientras que otras pretende reflejar la realidad con mayor precisión; en cualquier caso admiten una doble lectura según prioricemos los aspectos objetivos o subjetivos que, como representaciones que son, permiten.

Así proporcionan, en su vertiente objetiva, una visión dinámica, evolutiva, de la ciudad de Valladolid, desde el siglo XVI hasta una de las etapas de mayor expansión de la ciudad cual es la década de los sesenta. Pero también suponen, en su conjunto, un gran número de versiones de una misma realidad, la ciudad, principal protagonista de la representación, cuyos particulares matices se deben a los aspectos subjetivos que cada autor y los fines concretos de la propia cartografía aportan.

Esta mezcla de objetividad y subjetividad no se manifiesta sólo en cada plano, mapa o grabado del libro ya que él mismo es una representación detrás de la cual están los autores que han seleccionado, han articulado a través de una forma de presentación y de un texto, la edición. Pero ya sólo con poner al alcance de los estudiosos o simplemente de los curiosos esta importante selección cartográfica para que cada cual pueda usarlo y extraer nuevas conclusiones o simplemente disfrutar contemplándolo, habría sido motivo más que justificado para emprender la tarea.

En definitiva la protagonista debe ser la ciudad de Valladolid, con su peculiar evolución histórica, su esplendor y sus momentos de decadencia plasmados materialmente en su plano.

Deseamos, por último, que esta obra, fruto de la cooperación entre las Instituciones, sea también un estímulo para otras ciudades de la Región que, poseyendo tan abundantes y valiosos fondos cartográficos como corresponde a su fecunda historia, aún no han tenido la oportunidad de descubrirlos y darlos a conocer a sus ciudadanos.

El Alcalde de Valladolid
TOMÁS RODRÍGUEZ BOLAÑOS

El Consejero de Medio Ambiente
y Ordenación del Territorio
JOSÉ LUIS SAGREDO DE MIGUEL

VALLADOLID: LAS HUELLAS DE LA CIUDAD A TRAVÉS DE LA CARTOGRAFÍA HISTÓRICA

La cartografía histórica constituye una fuente de enorme importancia para el conocimiento de la evolución de una ciudad; una fuente imperfecta e insuficiente, que requiere un cuidado tratamiento con el objeto de depurar cuanto en ella es accesorio o superficial. No puede entenderse pues como una mera secuencia gráfica del crecimiento de una ciudad porque no siempre los documentos cartográficos disponibles son lo suficientemente fiables, dadas las notorias diferencias de calidad, la diversidad de objetivos y la falta de regularidad en la elaboración de los mismos.

Conocidas estas limitaciones, el Ayuntamiento de Valladolid inició hace unos años la realización de un trabajo de estudio y recuperación de una documentación cartográfica dispersa por muy diversos archivos, en función las más de las veces de su causa origen, ya sea ésta puramente urbanística, estratégica, militar o académica. Es por ello por lo que, además de los archivos de la ciudad —Archivo Histórico Municipal de Valladolid, Archivo de la Real Chancillería—, se revisaron otros tales como el del Servicio Geográfico del Ejército, el Servicio Histórico Militar, la Biblioteca del Patrimonio Nacional, la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Nacional Austriaca, depositaria esta última de las primeras vistas de Valladolid debidas a Anton Van den Wyngaerde. Del material encontrado se realizó una selección en función de las aportaciones de cada plano, su originalidad y la contribución a la comprensión de la ciudad tradicional y sus transformaciones; quiere ello decir que quedan planos sin publicar —de entre los conocidos—, ya sea porque son copia exacta de otros o ya por su escasa calidad, no excluyéndose en absoluto la posibilidad de que existan otros que puedan haber escapado a nuestra investigación.

La producción cartográfica sobre la ciudad de Valladolid es extraordinariamente irregular desde una perspectiva temporal y, con pocas pero notables excepciones, gran parte de los planos son de muy escasa calidad, aportando una información irrelevante acerca de las transformaciones experimentadas por el tejido urbano de la ciudad tradicional. En las páginas que siguen no se ha pretendido descubrir o enjuiciar las lagunas, imperfecciones de cada uno de ellos dado que, parcialmente al menos, el trabajo ya ha sido realizado en tres cuadernos de Cartografía Histórica, que acompañan a la edición facsímil de doce planos de destacado valor histórico y cartográfico, publicados por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y que constituyen el precedente de este Atlas. El objetivo ha sido bien diferente; se ha tratado de realizar una interpretación de la ciudad a partir de la información contenida en los diferentes planos. A tal fin se ha partido de la hipótesis de que, *grosso modo*, existía un cierto paralelismo entre las principales etapas de crecimiento de la ciudad y la secuencia cartográfica disponible, lo que hizo posible la fragmentación de una y otra en tres periodos: el que se extiende desde los primeros documentos hasta el año 1788, el que abarca la práctica totalidad del siglo XIX y el que transcurre entre los años 1915 y 1960; en el primero de ellos, que se hace concluir con el plano del año 1788, debido a D. Pérez, también conocido como «Plano de las inundaciones», la cartografía disponible es escasa, no existiendo, prácticamente hasta el siglo XVI, información gráfica alguna sobre la ciudad. En no pocos casos los documentos disponibles tienen un valor relativo por su carácter parcial, como sucede con los planos de embellecimiento de la ciudad, o por ser meras y esquemáticas interpretaciones, más o menos fieles a la realidad, sobre la misma; tal es lo que sucede con los llamados primeros planos geométricos, planos que, pese a todo, permiten una aproximación a la estructura de la ciudad a través de ciertos elementos sobresalientes que vertebran su tejido, bien desde presupuestos políticos, religiosos o ambos al mismo tiempo.

La estructura de la ciudad antigua, y en particular la que se configura en el siglo XVI, se había mostrado pronto inadecuada, hasta el punto de provocar los primeros intentos de reforma durante la segunda mitad del siglo XVIII, pero al finalizar el mismo comienza definitivamente a quebrarse. El episodio que ilustra el plano de 1788, es decir, la inundación de la ciudad, no hace sino resaltar parte de tales problemas: la falta de un adecuado saneamiento, la presencia de los cauces del río Esgueva en el interior de la ciudad y el hacinamiento de la población en alguno de los barrios históricos de la misma, son sin duda los más sobresalientes, pero no los únicos. La solución a todos ellos ni será fácil ni siquiera inmediata; a lo largo de la segunda de las etapas que hemos diferenciado (1800-1920) se inician, y en algún caso se concluyen, las obras que la solución de estos problemas requería; es, en efecto, el momento en el que los cambios se comienzan a suceder de

forma vertiginosa desfigurando, cierto es que de forma pausada, las innumerables permanencias de la ciudad heredada.

Convencionalmente se ha hecho coincidir el inicio de este segundo periodo con los años finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, si bien es cierto que el primero de los planos de éste último data del año 1820. En términos generales es un periodo convulso, tanto desde la perspectiva social como propiamente urbanística; una etapa en la que se altera de raíz la armonía y consagrada quietud de la ciudad tradicional. La intensidad y relativa frecuencia de las transformaciones, tiene su inmediato corolario en la fecunda producción cartográfica de este periodo; una producción que no obstante adolece, como en la etapa anterior, de una acusada falta de calidad, así como de la parcialidad de la representación gráfica. Se diversifican no obstante los objetivos o fines perseguidos con la misma, dado que abandona los reductos ilustrados de épocas anteriores para pasar, bien a formar parte de proyectos de carácter defensivo o estratégico durante las Guerras Carlistas, bien a ilustrar libros de viaje, enciclopedias o simples *callejeros* de la ciudad o bien, lo que tiene sin duda una mayor trascendencia, a formar parte de los numerosos expedientes de reforma de las infraestructuras urbanas —instalación de tranvías, saneamiento de los cauces del Esgueva, alcantarillado, etc.

No se puede olvidar, en efecto, que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se acomete en Valladolid la ardua tarea de modernizar y dotar a la ciudad de elementos que, por distintas razones, resultaban absolutamente imprescindibles. Para ello era preciso incidir en un tejido urbano enormemente envejecido y deteriorado, no sólo por el simple paso del tiempo, sino también por la atonía y falta de capacidad económica tanto de la municipalidad como de la burguesía local para acometer su reforma.

La necesidad de afrontar este secular abandono, de resolver en definitiva las múltiples carencias, explicaría la febril actividad apreciada en la ciudad durante los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX; la reparación de calles, los cambios de alineaciones, el acondicionamiento de algunos barrios tradicionales, la creación de nuevos servicios sanitarios o administrativos, la desviación de los ramales interiores del Esgueva, así como la colonización de los antiguos cauces, la construcción de alcantarillado, la instalación de servicio de alumbrado, y la instalación de las primeras líneas de tranvías, son algunas de las realizaciones de este periodo crucial de la historia de la ciudad de Valladolid; un periodo durante el que se elabora —y no es por tanto una mera casualidad— el primer plano de contenido riguroso de la ciudad: el plano de J. Pérez Rozas. A este plano, levantado en 1863, seguirán otros de similares características, sobre los que se van incorporando los nuevos elementos presentes en la ciudad, tales como los primeros núcleos de extrarradio y las numerosas obras de infraestructura en ella realizadas.

En 1915, año que abre el tercero de los periodos, la Cartografía de Valladolid dará un salto cualitativo de considerables proporciones al levantarse, por parte del Instituto Geográfico y Estadístico, un nuevo y detallado plano de la ciudad, compuesto por 61 hojas de escala 1:2.000; tal plano, que será completado y actualizado años más tarde —exactamente en 1941— al publicarse el llamado «Plano Novísimo» realizado en 155 hojas de escala 1:500, fue la base empleada en los cada vez más rigurosos y precisos trabajos de carácter urbanístico realizados en la ciudad, destacando entre todos ellos el Plan de Urbanización de Valladolid de 1938.

Desde la primera fecha señalada —1915— y hasta mediados de la década de los años sesenta se asiste a una radical transformación del paisaje y morfología urbanas; una transformación acelerada, improvisada en múltiples ocasiones, no sujeta a ninguno de los instrumentos de gestión urbanística disponibles y por ende sumamente caótica y desigual. A lo largo de este periodo crecerá la población de forma desbordante, se multiplican y diversifican las actividades económicas, se amplían considerablemente los límites de la ciudad, se remodela de forma indiscriminada su interior, y se altera, en suma, el paisaje urbano. Ante tan importante conjunto de variables, los tradicionales instrumentos de gestión resultaban claramente insuficientes por lo que fue preciso elaborar otros al amparo de las nuevas disposiciones legales de entre las que cabe destacar muy especialmente la Ley sobre el Régimen del Suelo y Ordenación Urbana de 1956. Con ellos y merced al desarrollo de nuevas técnicas cartográficas y exigencias urbanísticas, concluye la producción cartográfica que podemos considerar histórica, iniciándose otra, en la que son dominantes nuevos métodos, que responde a objetivos bien distintos y posee, por ello, contenidos radicalmente diferentes a los tradicionales.

I. LA CARTOGRAFÍA HISTÓRICA DE VALLADOLID HASTA EL SIGLO XIX. LA ESCASEZ Y EL PRIMITIVISMO DE LAS FORMAS DE REPRESENTACIÓN

No deja de ser sorprendente que una ciudad como Valladolid, sede de la Corte durante parte del siglo XVI, y centro administrativo y comercial de primer orden, apenas cuente con información gráfica digna de consideración hasta el siglo XVIII, cuando en otras ciudades europeas la cartografía —en realidad simples esquemas— cuenta con una cierta traición, antigüedad e incluso calidad, entendiéndose por tal la fidelidad al objeto representado. Roma, Jerusalén, Venecia e incluso núcleos urbanos españoles de menor rango —Aranda de Duero es un ejemplo— disponen desde fecha bien temprana de una cartografía que, pese a su primitivismo en el dibujo y material empleado, así como la intuición y esquematismo de la información, permite conocer el estado y evolución de los mismos en el tiempo.

Dejando al margen la posible existencia de un plano de Valladolid del siglo XVI, del que fue ferviente defensor J. Agapito Revilla, el primer documento conocido sobre Valladolid es el grabado de G. Braun y F. Hohenberg, si bien no es exactamente un plano, sino una vista. Dada su excepcional calidad, fue un grabado reproducido — con algunos matices— en multitud de publicaciones tanto del siglo XVI como del XVII, si bien es cierto que en ningún caso se apartan del original, ni desde el punto de vista formal, ni por la información que contienen. De entre ellas se publican las más conocidas, si bien ninguna llega a superar al primero. El dibujo original de este grabado, atribuido a Haffnagel, se encuentra en la Biblioteca Nacional Austriaca; es un pequeño dibujo a tinta sepia, sin firmar, sobre papel que lleva una cuadrícula en tinta negra, claro exponente de su utilidad como base de un grabado. Una segunda vista, también del siglo XVI, es la que realiza Anton Van den Wyngaerde; está formada por dos dibujos, uno preparatorio y otro definitivo, que proporcionan una instantánea de la ciudad tomada del natural, quizá más minuciosa en el caso del dibujo preparatorio, por la espontaneidad del trazo y la realidad de la ciudad que en el apunte se transparenta. Se conserva también en la biblioteca de Viena.

El primer plano propiamente dicho de la ciudad es el dibujado por Bentura Seco, escribano de Su Majestad, levantado en el año 1738. Se trata de un plano de gran valor por la minuciosidad con la que se refleja el estado de la ciudad y la sorprendente exactitud de su dibujo, limitada, claro está, por las posibilidades técnicas de la época. Este plano es, pese a todo, un documento excepcional, puesto que permite, en una primera aproximación, conocer el estado de la ciudad en el siglo XVIII, e incluso de épocas anteriores, ya que, tras la aparente sencillez de su ingenio dibujo, se esconde de hecho un análisis minucioso de la misma. Puede considerarse como uno de los últimos planos «a vista de pájaro» que se elaboran y no cabe duda que se trata de uno de los mejores. Su exactitud suple en cierta medida la inexistencia de planos anteriores, planos que por otra parte cabe suponer no serían muy diferentes a la vista de los arcaísmos que éste presenta.

Bien diferentes son los dos planos posteriores, debidos respectivamente a A. Ponz y Diego Pérez, ya que frente a la imposible reproducción del plano de Bentura Seco, dado que se trataba de un dibujo sobre papel, ambos se elaboran para su reproducción en imprenta; son, en efecto, dibujos vertidos a planchas de cobre para su impresión. Desde esta perspectiva el plano de Bentura Seco es particularmente arcaico, puesto que no hay que olvidar que la vista de Valladolid de G. Braun es un grabado realizado 164 años antes en plancha de madera para ilustrar un libro.

No es, empero, la señalada la única diferencia entre el plano de Bentura Seco y los planos posteriores a él; consiste la principal en que mientras en el primero se hace la representación de los edificios dibujando sus alturas y cubiertas, en los segundos se reduce la representación a las alineaciones, marcando tan sólo la separación entre calles y edificios. Son por tanto planos que implican un alto grado de abstracción, concebidos como instrumentos necesarios para la intervención en la ciudad; son los llamados planos geométricos.

Una diferencia más se encuentra en las formas diversas de concebir y utilizar la imagen. El plano de Bentura Seco es un plano único, dirigido al Rey que es quien debe verlo, quien tiene el privilegio de poseerlo en suma. La imagen, y con ella el retrato, la pintura o la cartografía pertenecen al poder, no abandonando por lo general dicho círculo. Por contra, los planos de A. Ponz y Diego Pérez hablan ya otro idioma, la imagen se ha extendido, gracias a la imprenta, a otros sectores de la sociedad; en cuanto forma de poder, la imagen o lo que es lo mismo, la información, pasa a ser compartida por otros grupos sociales o instituciones.

Es verdaderamente sintomático que, en el libro que se edita con motivo de las inundaciones que sufrió Valladolid en 1788 se dirija «Al Rey Nuestro Señor por el respetable conducto del Excmo. Sr. Conde de Floridablanca». En él se hace inventario de los daños provocados por la crecida del ramal Norte del Esgueva y precisamente en «las desgracias acaecidas» se apoya un sector de la sociedad vallisoletana para oponerse a la obra del Plantío de Campo Grande, de iniciativa real. La difusión de tales desgracias a través de la obra mencionada, ilustradas con

el correspondiente plano, será la base en la que se apoyen quienes se oponían a los proyectos de embellecimiento de la ciudad por considerarlos excesivamente costosos e inoportunos.

En cierta medida se está en presencia de dos concepciones diferentes de los problemas de la ciudad, que utilizan también instrumentos diferentes para lograr sus objetivos; dirigir un libro a su Majestad el Rey a finales del siglo XVIII no es más que una fórmula, puesto que a quien va dirigido fundamentalmente es a quienes se oponen a su política. Es un indicio de que las cosas están empezando a cambiar, pero no es el único.

Como ya ha quedado señalado, los primeros documentos gráficos con que cuenta la ciudad de Valladolid tienen un carácter eminentemente pictórico: uno de ellos, y sin duda de los más difundidos, es un grabado que lleva por título *Vallisoletum*, perteneciente a la obra *Civitatis Orbis Terrarum* de G. Braun y F. Hohenberg, editada en Colonia en 1593, en la que se recogen planos y vistas de ciudades y villas de Europa en un periodo comprendido entre 1572 y 1618¹. Muestra la ciudad desde uno de sus lados, ofreciendo una visión frontal de la misma, según técnica generalizada en los siglos XV y XVI en Europa; aun suponiendo que ambas formas de representación —el plano y la vista— son igualmente fiables, no cabe ninguna duda sobre la mayor fiabilidad del primero sobre la segunda, entre otras razones porque éste comporta la representación e imaginaria reconstrucción de toda la ciudad, mientras que la vista supone la localización de un buen lugar para dibujar una silueta sobre el horizonte en la que resalten los edificios más representativos. La elección de uno u otro sistema parece ser completamente arbitraria, pues ni la importancia de la ciudad ni la complejidad de su trazado influyen decisivamente. Ciudades como París, Amsterdam, Venecia, Hamburgo, Zurich, Londres, Constantinopla, Colonia, Sevilla o Milán se representan por medio de planos en los que se dibujan todas y cada una de sus calles mediante la técnica de dibujo *a vista de pájaro*; en cambio otras ciudades como Siena, Toledo, Praga, Budapest, Lieja o Valladolid son representadas mediante vistas tomadas desde uno de los lados de las mismas.

La vista de Braun —y el dibujo que la inspira— es sin lugar a dudas auténtica; está realizada directamente sobre la ciudad. Aunque no es tan exacta y fiable como otras, es una vista del natural, levantada por un dibujante que tiene la ciudad delante, pero, es al tiempo una reconstrucción en la que el modelo natural tiene un protagonismo relativo. Su autenticidad queda patente en primer lugar en el paisaje; el entorno de fondo que la vista de Braun ofrece es sin duda el de Valladolid, con el horizonte totalmente plano y la ciudad extendida en el valle del Pisuerga. El primer plano del grabado responde a la costumbre de dibujar en los planos y vistas, una serie de huertas tapiadas con sus correspondientes norias, así como grupos de personas ataviados con los vestidos de la época y realizando tareas agrícolas perfectamente identificables; en algunos casos el dibujo de personas se realiza en el ángulo inferior izquierdo, dando lugar a que se les conozca por tal característica, como sucede por ejemplo en el plano de París, que tiene el sobrenombre de Plano de los tres personajes².

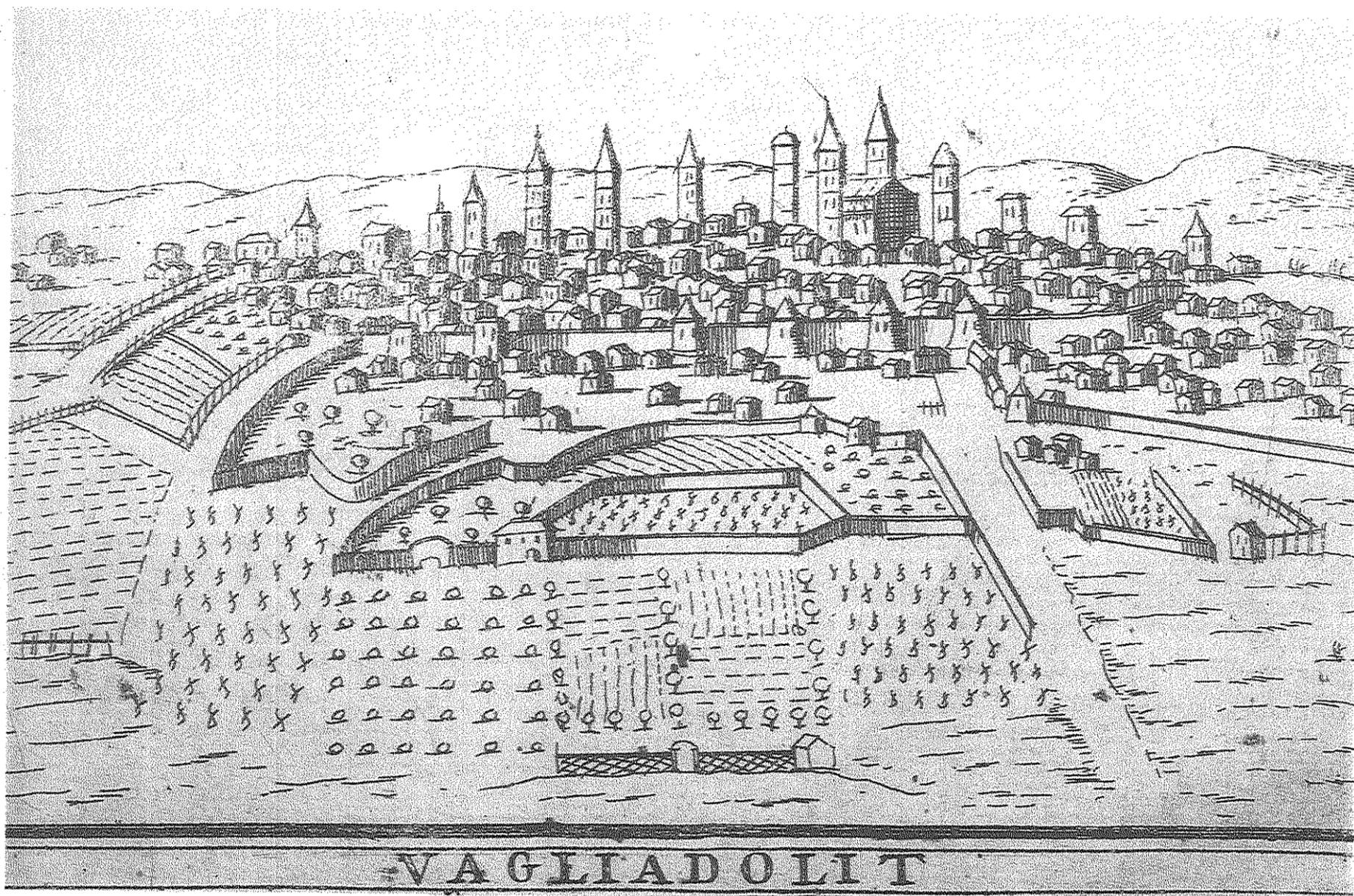
Como es lógico suponer, las vistas se dibujaban desde lugares elevados siendo en este caso el emplazamiento elegido, sin lugar a dudas, el nivel de terraza en el que se asienta actualmente la ermita de San Isidro; desde este sector pueden identificarse todos los elementos destacados, o al menos emergentes, de la ciudad, tales como la puerta y el camino a Tudela, la torre de la iglesia de La Antigua, y la torre de la Colegiata de Santa María, que obviamente en la fecha de referencia todavía se mantenía intacta y su iglesia abierta al culto³. Será mucho más tarde, en 1665, cuando el cabildo ordene el derribo de la Colegiata del siglo XIII, con el fin de acelerar las obras de la Catedral⁴. A partir de estos puntos de referencia pueden identificarse la torre de la iglesia de San Martín, a la derecha de la torre de La Antigua, y San Pablo, cuya fábrica sobresale de forma desmesu-

1. De la misma época que el indicado existen referencias sobre otros grabados que, como sucede con el recogido en la obra de Pedro Medina «Las Grandezas y Cosas Memorables de España» no tiene nada que ver con la ciudad, siendo un simple código gráfico con el que se representan algunos aspectos destacados de esta ciudad, es decir, si tiene o no muralla, río, catedral, etc... Buena prueba de ello es el hecho de que el mismo grabado de Valladolid aparece en otras ciudades españolas, precisamente aquéllas que contaban con los mismos elementos destacados en su estructura.

2. P. LAVEDAN Y J. HUGUENEY. «L'Urbanisme au Moyen Age». Pág. 163.

3. AGUSTÍN BUSTAMANTE GARCÍA. «La Arquitectura clásica del foco Vallisoletano. 1561-1640». Pág. 128.

4. J. URREA. «La Catedral de Valladolid y museo diocesano». Pág. 15.



I. *Vagliadolit*. Grabado anónimo de la Escuela italiana. Siglo xvii.

rada, hecho éste de gran interés puesto que proporciona la imagen que ofrecía la Capilla Mayor, levantada por el cardenal Fray Juan de Torquemada, en claro contraste con el resto del templo, lo que posteriormente, en el siglo xviii, remediaría el propio templo y el Duque de Lerma con trazas de Diego de Praves y Francisco de Mora⁵.

Entre las iglesias de San Martín y San Pablo puede apreciarse la fábrica del Colegio Mayor de la Santa Cruz, y a la izquierda del grupo central de torres de La Antigua, San Esteban y la Colegiata, se aprecia la torre de San Benito con su característico remate de chapitel y torrecillas que describen los documentos⁶; a continuación se advierte la presencia de dos pequeñas torres, de las que la primera pertenece al Salvador, de planta cuadrada pues corresponde a la existente antes de su reconstrucción a principios del siglo xviii —por haberse desplomado—, reconstrucción que se hace en ladrillo y con planta ochavada para asegurar su estabilidad⁷.

La torre de la iglesia de San Andrés, situada a la izquierda de las anteriores no destaca apenas sobre la línea del horizonte, sino que llega a confundirse con el caserío, como corresponde a su menor altura y mayor proximidad al observador. La siguiente torre tendría que ser la de la iglesia de Santiago, sin embargo la que en el grabado de G. Braun se representa está demasiado próxima a San Andrés como para pensar que estamos viendo la torre que acabara Juan de Arandía en 1512. Solamente puede ser la torre del convento de San Francisco. Más hacia el Sur se encuentran tres torres, enclavadas en una zona próxima al río; una de ellas, la del centro, pertenece a la iglesia de San Lorenzo que se había construido a finales del siglo anterior, sustituyendo a la primitiva ermita románica. Junto a San Lorenzo se pueden identificar otras dos torres, correspondientes a la Casa de la Moneda la primera y a un edificio desaparecido sobre el que más tarde se habría de levantar el monasterio de Santa Ana. Hay que tener en cuenta que el actual monasterio fue construido en 1780 sobre otro preexistente, fundado en 1596, es decir, con posterioridad a la fecha de la vista. Finalmente destaca la iglesia del Monasterio de la Santísima Trinidad, cuya nave es bien visible.

El grabado de Braun y Hohenberg fue copiado en repetidas ocasiones, dando lugar a versiones distintas que, paulatinamente, se han ido apartando del original, perdiéndose de este modo la posible relación con la ciudad que representaban. En la Biblioteca Nacional existen seis versiones de este grabado, por lo general tituladas «*Vallisoletum*», anónimas, que fueron utilizadas para ilustrar obras diversas. A pesar de su aparente similitud, pueden identificarse dos grupos; por una parte aquéllas en las que la copia es sorprendentemente fiel al original, hasta el punto de que parecen haberse realizado con la misma plancha, si bien retocada y suprimidas algunas partes, y por otra aquéllas que se apartan ostensiblemente del original, constituyendo grabados enteramente nuevos dada la profusión de nueva información que contienen⁸. En el primer grupo se encuentra el grabado atribuido a Haffnagel y el de Joannes Jansonius, idénticos entre sí y diferentes del original en algunos detalles del primer plano; desaparece por ejemplo un personaje del grupo de tres que aparecía en el Braun, así como la yunta de bueyes que conduce, y desaparece igualmente la leyenda del borde inferior izquierdo que es sustituida por un burdo rayado.

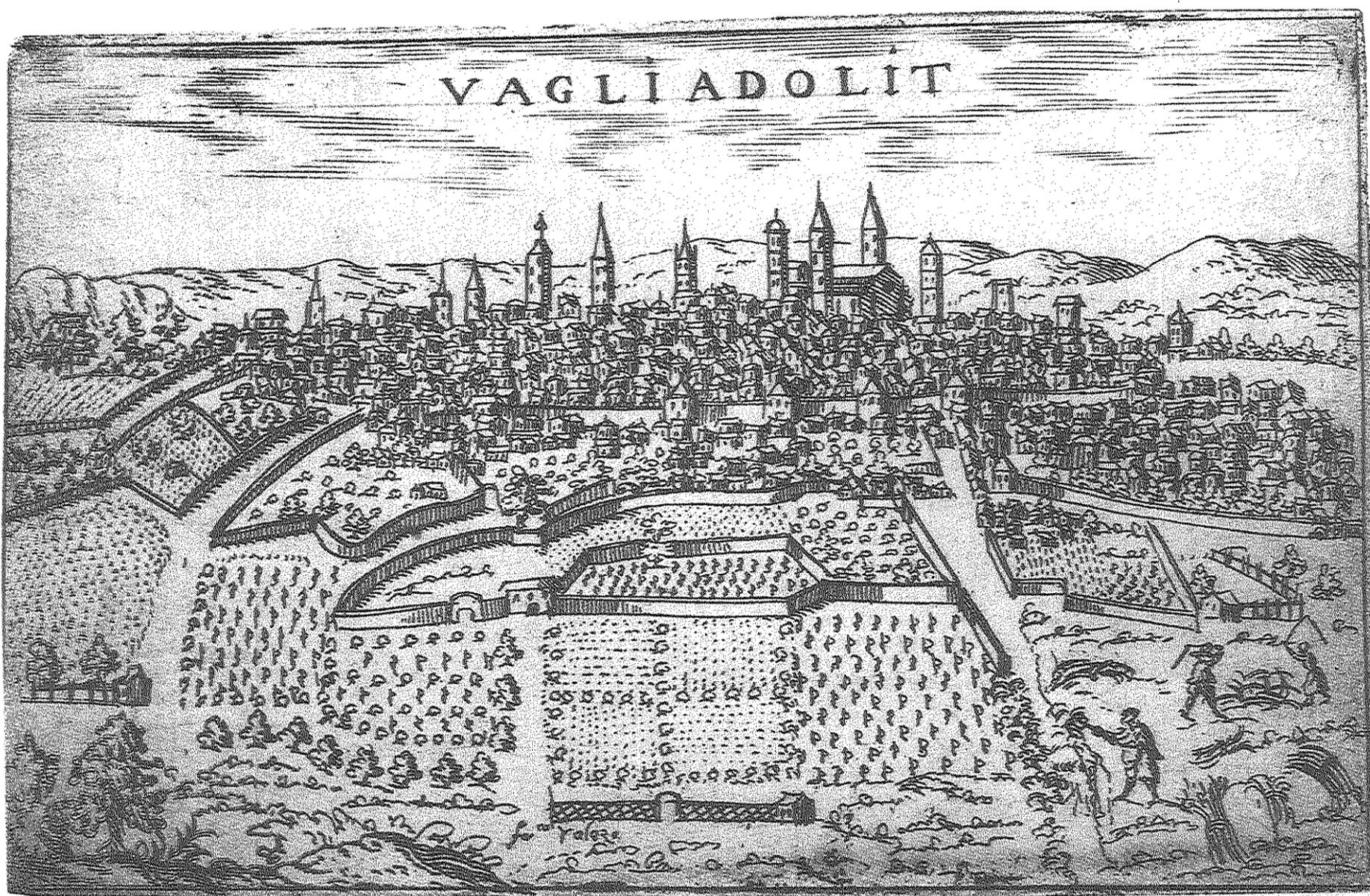
En el segundo grupo destaca el grabado de Aegidius Val Ekenien, incluido en la obra *Monarchia Hispanica* publicada en Amsterdam en 1659; no hay duda de que se trata de una copia del grabado de G. Braun, aunque se haya modificado el paisaje, particularmente el del primer término, que se sustituye por un majestuoso árbol. Idénticas características presenta el grabado de Pierre Van der Aa, que ilustra el libro *Les delices de L'Espagne et du Portugal*, si bien éste se aparta algo más del original, puesto que además de reducirse su formato se modifican algunas torres. Una copia más del grabado de G. Braun es el firmado por Pieter Van Der Berge, aunque en este caso no sólo se modifican algunos edificios, sino que se recomponen completamente el entorno más cercano al observador; en cambio se conservan determinados detalles como la presencia de la noria o las torres de las distintas iglesias de la ciudad. Un último grabado es el que lleva por título «*Vue Generale de la ville de Valladolid en Espagne*», de autor anónimo, en el que la deformación del paisaje y edificios es importante, pese a lo cual puede ser considerado como copia del grabado de G. Braun.

5. J. M.^o PALOMARES. «El patronato del Duque de Lerma sobre el convento de San Pablo de Valladolid». Págs. 53-54. y A. BUSTAMANTE. «La Arquitectura...» Op. cit. Pág. 410 y sig.

6. LUIS RODRÍGUEZ MARTÍNEZ. «Historia del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid». Pág. 223.

7. J.J. MARTÍN GONZÁLEZ Y J. URREA. «Catálogo monumental. Monumentos religiosos de la ciudad de Valladolid». Parte primera. Pág. 31.

8. HAFFNAGEL. Biblioteca Nacional. Estampa 19448. Ilustra el libro «*Urbinum praecipuum totius mundi*». JOANNES JANSONIUS, ER. 1859-3 y ER. 2047-4. En el libro: «*Illustriorum Hispania Urbium Tabulae cum appendice*». Amelodoami. 1660.



II. *Vagliadolit. Vista de Valladolid.* «De Racolta di le piú illustri città di tutto il mondo». Grabado de Francesco Valegio. 1579.

La segunda vista que conocemos de Valladolid es la realizada por Anton Van den Wyngaerde. Como ya hemos indicado se trata de dos dibujos, uno preparatorio probablemente hecho sobre el terreno y otro definitivo, elaborado con más cuidado en una obra ya de gabinete. El primer dibujo está realizado sobre un papel formado por diversos fragmentos pegados entre sí —hasta un total de diez— añadidos según las necesidades de la obra lo requirieran. El segundo dibujo está hecho sobre una sola lámina, en un tamaño más reducido y en él el trazo es muy preciso, si bien es cierto que la concentración inevitable de la edificación y la estilización de las torres implican un abandono del realismo patente en el borrador que sirvió de base para su confección. Anton Van den Wyngaerde es, sin duda, un dibujante exacto y rápido, uno de los más famosos de la época; es heredero y continuador de la tradición holandesa de copia de paisajes del natural⁹. En 1557 entró al servicio del rey Felipe II y más tarde es nombrado pintor de Cámara del rey. Además de realizar un inventario pictórico de las ciudades españolas más importantes, son muy conocidas —por su proverbial calidad— sus vistas de Londres y el Hampton Court Palace, en las que ya se aprecia su extraordinaria facilidad para la pintura, a medio camino podríamos indicar, entre lo pictórico y lo cartográfico¹⁰. El paisaje de la ciudad de Valladolid es, en la obra de A. Van den Wyngaerde, perfectamente reconocible. Sobresale por encima de todo el Cerro de San Cristóbal, en cuya cima vemos una pequeña edificación con la leyenda S. Cristoforo. El valle se abre hacia el Sur, en el lado derecho del dibujo, mientras que por el Norte se cierra con la línea de los páramos. La vista está realizada desde la Cuesta de la Maruquesa, en la margen derecha del río Pisuerga, desde donde podemos reconocer no pocos elementos de la ciudad del siglo XVI. En primer lugar el Puente Mayor, que destaca sobre el resto de las construcciones por su proximidad y su volumen; a su vez puede identificarse el humilladero del Cristo de la Pasión y el Camino de Villanubla y por último, al otro lado del puente, puede verse la parroquia de San Nicolás y el Convento del mismo nombre.

Pero lo que verdaderamente destaca en la vista son las torres; unas torres que pueden identificarse por el nombre de la iglesia a la que pertenecen: **San Paulo**, **S. Martín**, **Antigua**, **la Iglesia Mayor**, **S. Francisco**, **S. Jacob**; también aparecen con su nombre el **Campo** —por el Campo Grande—, **mos de Prado**, por el Monaste-

rio del Prado y otras palabras de difícil lectura como: **S. Basti**, para indicar la ermita de San Sebastián o **Victori**, señalando el convento de N.ª Sra. de la Victoria. Otras leyendas son ilegibles y pueden nombrar un edificio, un color o un uso que habría de servir de referencia al autor para una posterior reelaboración. Asimismo, la excelente calidad del dibujo nos permite reconocer bastantes edificios que no aparecen citados; se aprecia, desde la izquierda de la vista, el convento de Santa Clara, el Palacio Real donde naciera Felipe II, entre San Pablo y San Martín, el convento de San Quirce, el Palacio de los Condes de Benavente con sus torreones y la galería al río, el colegio de Santa Cruz entre La Antigua y Santa M.ª la Mayor, el convento de Santa Catalina de Siena, con una cúpula que sobresale entre los edificios, la torre del Salvador, el conjunto de San Benito, la Capilla de los Condes de Fuensaldaña, la torre de San Julián, San Esteban, San Lorenzo, la Casa de la Moneda, el convento de la Trinidad, el humilladero del Cristo de la Santa Cruz en el Campo Grande, el convento del Sancti Spíritu y, a este lado del río, el Palacio de la Huerta del Rey. Pueden identificarse también otras piezas como las aceñas del río y la cerca que rodea la ciudad por la Rondilla de Santa Teresa o alrededor del monasterio de San Benito y la Trinidad. La Plaza Mayor no aparece sin embargo representada y ello es debido, sin duda, a que ésta se encontraba en fase de construcción tras el incendio sufrido en 1561.

Cuando se compara el dibujo de Haffnagel, sobre el que luego se realizará el grabado de G. Braun, con la vista de Anton Van den Wyngaerde, se pone de manifiesto que ambos documentos muestran una ciudad idéntica, con los mismos edificios, pero representados con alguna diferencia. En el primero el dibujo es plano y en él aparecen exagerados los aspectos identificativos de cada edificio, aumentando la altura de las torres, mientras que en el segundo esa planitud queda rota al definirse una profundidad en la que participa el paisaje. Las figuras que adornan una y otra vista están realizadas de manera muy distinta; las del dibujo de Haffnagel están fuera de escala y su inclusión supone la deformación del paisaje próximo. Por el contrario, en el dibujo de Wyngaerde, la vista es fiel, inclusive en la representación de este espacio próximo.

Las vistas del siglo XVI nos ofrecen un panorama bastante detallado de la ciudad de Valladolid, un panorama de muy difícil reconstrucción en la actualidad por la entidad de las transformaciones que ha experimentado el paisaje urbano. Son una ayuda inestimable para comprender la lógica de la ciudad antigua y el sentido de los escasos monumentos que de aquella permanecen, sentido perfectamente plasmado en la escala de la ciudad que las vistas manifiestan, y que de algún modo se conserva en los primeros documentos cartográficos de la ciudad de Valladolid y muy especialmente en el plano de Bentura Seco del año 1738.

El plano de Bentura Seco es un documento crucial en la historia de la cartografía

9. «... though one of the first, is perhaps the most competent of them all in a freehand perspective» L. WRIGHT. «Perspective in perspective». Cfr. Pág. 127.

10. R. L. KAGAN. «Ciudades del siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde». Cfr. Pág. 11.

vallisoletana; un documento notable no sólo por ser el primero conocido sobre la ciudad, sino también por su sorprendente exactitud, superior incluso a la de planos posteriores, así como por la detallada representación de los edificios, particularmente de los edificios singulares. Es un documento en cierta medida de transición entre los planos del siglo XVIII, en los que el figurativismo tiene un protagonismo relevante por ser el sistema empleado para introducir contenidos más abstractos, a los que en absoluto se renuncia, y los planos del siglo XIX, planos en los que se incorpora un sistema de representación extremadamente abstracto. Un plano no deja de ser, en efecto, una abstracción, y ésta sólo es posible, ante la ausencia de familiaridad con la imagen, propia de la sociedad tradicional, a través de un adecuado sistema de representación; la incorporación al plano de las fachadas de los edificios más importantes es un sistema eficaz para hacer comprensibles contenidos más complejos, como el mismo plano de la ciudad en su conjunto.

J. Agapito y Revilla en una serie de artículos publicados en el Diario Regional a principios del presente siglo, inicia la descripción de los mismos aludiendo a un «probable plano del siglo XVI», añadiendo que, pese a estar convencido de su existencia «por más diligencias que he puesto en buscarle, hasta la fecha no he dado con él»¹¹. Durante el siglo XVI, Carlos V y Felipe II encargaron el levantamiento de los planos de todas las ciudades de los Países Bajos, y obviamente hubieron de disponer una tarea parecida para las ciudades españolas, como hemos señalado anteriormente en el caso de las Vistas de Wyngaerde. Los intereses militares en dichos países no sólo permitieron tener un documento relativamente temprano y completo de las ciudades de su época, sino que, dado su interés estratégico, en tales planos se recogen minuciosamente algunos aspectos tales como las defensas y fortificaciones¹². Por el contrario, en las ciudades españolas la ausencia de un interés militar exigía una cartografía diferente, más paisajística ya que no se trataba de obtener un conocimiento de la ciudad para poder defenderla, sino simplemente para contemplarlos y recrearse en ellos. No es por tanto sorprendente que muchos investigadores hayan abrigado esperanzas de encontrar un plano de la que por aquel entonces era sede de la Corte, esperanza perfectamente justificada por el elevado volumen de documentos que todavía yacen inéditos en nuestros archivos.

El plano de Bentura Seco es sorprendente, además de por lo señalado, por el sistema tan primitivo de medida empleado, así como por la ausencia de un método de orden geométrico y matemático. Para J. Agapito y Revilla, «lo que sí es de extrañar es que con sólo medir las calles y plazas por pasos naturales, la representación de unas y otras sigue una disposición parecidísima a la obtenida en los resultados de los trabajos efectuados para el estudio de los planos más modernos, cuando se han logrado instrumentos y aparatos perfeccionados para medir ángulos y longitudes, diferencias de nivel y pendientes o rasantes, y se aplican los procedimientos matemáticos de triangulaciones y poligonaciones, nivelaciones...»¹³. Es cierto que existe una deformación en las dimensiones y especialmente en los ángulos; sobre las primeras llama poderosamente la atención la amplitud de sus calles, en algunos casos dibujadas con verdadera generosidad, de tal modo que su anchura se ve en ocasiones duplicada —véase por ejemplo la Rúa Oscura o Teresa Gil.

El plano de Bentura Seco incorpora un código de representación, unas convenciones, que tienden a hacer la ciudad dibujada reconocible para sus propios habitantes. El dibujo posee sus propias leyes, una coherencia interna que es preciso hacer notar para comprender la labor de lectura de la realidad que su elaboración entraña; es en este sentido notable la selección de elementos que se realiza, olvidando algunos y resaltando otros, dando primacía a la representación del espacio público sobre el privado, anteponiendo los edificios singulares a los domésticos y resaltando las fachadas más importantes de las que tienen menor interés. Ello explicaría la relativa abundancia de artificios, así como de fórmulas más o menos acertadas —fachadas abatidas, empleo de múltiples ejes

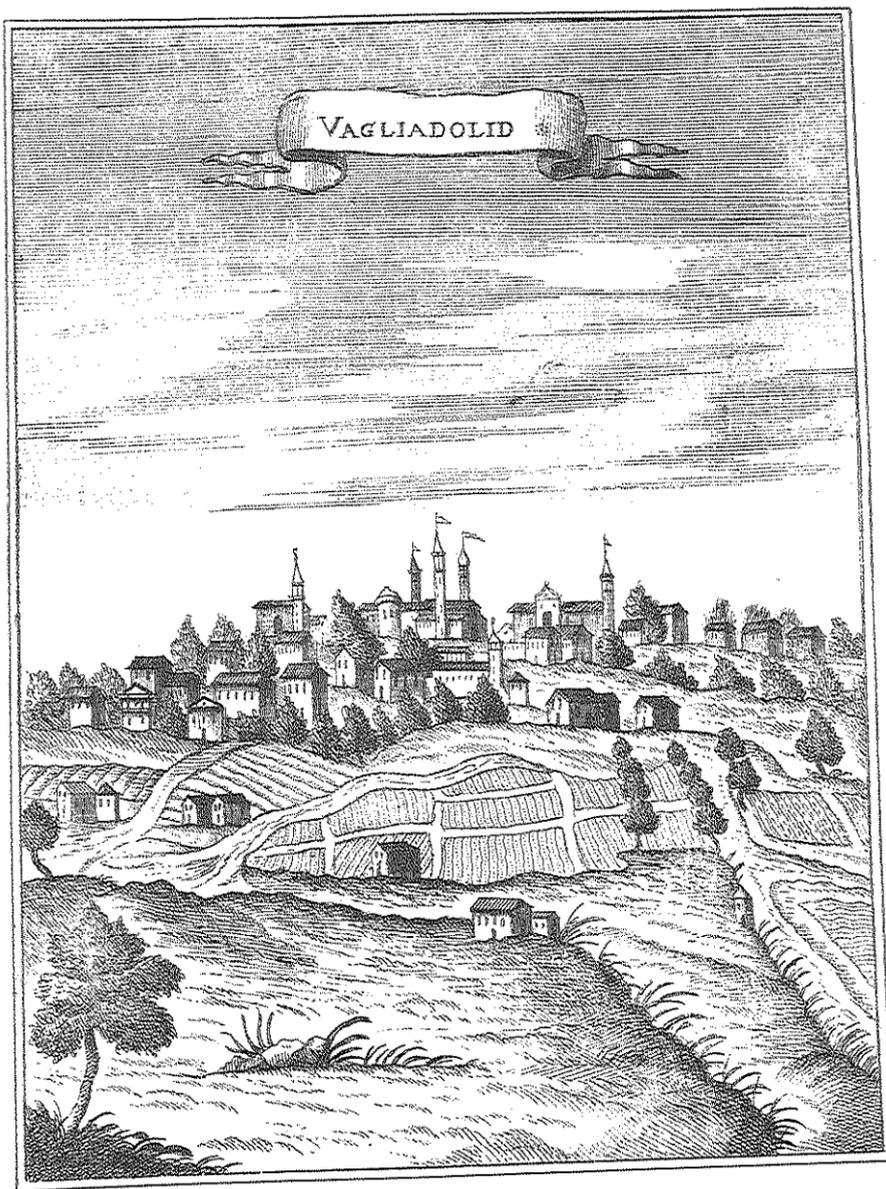
en el mismo edificio, etc.— para mostrar aquello que, de otro modo, quedaría oculto.

Existen en el plano de Bentura Seco dos tiempos de dibujo que se distinguen perfectamente: el dibujo de las calles y el de los edificios. En el segundo tiempo, la representación de los edificios se ciñe al espacio que ocupan en planta, de tal modo que en raras ocasiones la proyección de los mismos sobrepasa la alineación y aparece en la misma calle, hecha no obstante la excepción de los campanarios, torres, remates, etc... Por lo general se utiliza algún tipo de artificio que permite dar una idea del edificio sin que se invada la calle, aunque para ello tenga que desvirtuarse su forma real. El edificio queda reducido las más de las veces a una fachada abatida sobre el espacio ocupado por el mismo en planta.

La representación de los edificios es en este plano muy importante, no sólo por la original forma de resolver un problema técnico, sino también porque proporcionan una información esquemática, pero de gran valor, sobre el estado de la edificación de Valladolid. Por un lado se hace un ligero apunte de sus fachadas,

y por otro se explica el edificio en planta, según su disposición interior, de modo que la información va más allá de la línea de fachada, es decir, de la ciudad reconocible. Este hecho es verdaderamente importante, si tenemos además en cuenta que en los dibujos de los edificios se trasluce un conocimiento arquitectónico, de organización interna y de construcción; es probable que en muchos casos el edificio fuese conocido en su interior, dado que la organización de volúmenes y patios coincide sensiblemente con la que en la actualidad conocemos, pero es probable también que, en otros casos, la representación sea ideal, realizada a partir de una comprensión arquitectónica del edificio.

Dada la excepcional calidad de este plano, y su más que probable excesivo uso, se vio sometido a un proceso de deterioro progresivo e irreversible; afortunadamente, en los primeros años del presente siglo, J. Agapito y Revilla acometió la empresa de su entera reconstrucción e incluso actualización. La copia por él realizada posee una fidelidad extraordinaria, casi fotográfica, mejorando en algunos casos su lectura, a causa del deterioro del original. Esta fidelidad no puede ser sólo atribuida a las técnicas de reproducción de planos que existían a principios de este siglo —los calcos—, sino que respeta el trazado y las peculiaridades del dibujo hasta unos límites sólo justificados por la conciencia de la trascendencia misma del documento que se copia¹⁴. Existe quizá una única excepción; la representación de los ríos se aleja ostensiblemente del original, ya que la copia de J. Agapito y Revilla no recoge las «lenguas» del Esgueva en su desembocadura en el Pisuerga dibujadas por Bentura Seco. Ello no empuja a la aportación de J. Agapito y Revilla al conocimiento de la cartografía de la ciudad, conocimiento que no acaba



III. Vagliadolid. Vista de Valladolid en una obra italiana.

en el rescate del plano de Bentura Seco, sino que se prolonga en la elaboración y revisión de otros planos de su época desde su puesto de arquitecto municipal y concluye con la publicación, en el Diario Regional, de una serie de artículos sobre *Los planos de Valladolid* de enorme trascendencia, por ser la primera recopilación y síntesis de la cartografía histórica de la ciudad de Valladolid.

Una visión superficial del plano de Bentura Seco permite pensar que se trata de un plano completamente fiel a la realidad, en el que se representa la ciudad hasta en los más mínimos detalles. A esta conclusión se llega a través del análisis de los edificios que todavía siguen en pie y que Bentura Seco dibuja con especial detalle: iglesias, conventos y palacios. Ciertamente es, no obstante, que la constatación de lo anteriormente señalado no es posible en toda su amplitud por el elevado número de los que no han sobrevivido a la piqueta. Baste señalar que de los 104 edificios singulares que recoge la leyenda del plano tan sólo se conservan 34, si

14. «... así que vi por primera vez este plano le di la importancia que realmente tiene y además del pegado —sobre un papel más fuerte— y demás detalles de mejor conservación que dispuse —ponerle cristal y marco de madera— se preparó una copia, o mejor calco, del dibujo, en papel tela, que se hizo entre los años 1900 y 1901, en la cual suprimí esta Descripción de Valladolid citada, dejando la relación de los puntos notables referidos en los ciento cuatro números de detalles y agregué su correspondencia actual, a la de principios de este siglo en cada uno de ellos y las Calles que figurando en el plano han cambiado de nombre» Este calco o copia hecho en los ratos de ocio del personal de la oficina que he regentado durante cuarenta años, se conserva también enmarcado en la sección de edificaciones. J. AGAPITO Y REVILLA. «Los planos...» Op. cit. Abril 1942.

11. J. AGAPITO Y REVILLA. «Los planos de Valladolid». En *Diario Regional*. Abril 1942.

12. P. LAVEDAN Y J. HUGENEY. Op. cit. Pág. 163. Los planos fueron levantados por Jacques Roloffs, llamado Jacques de Deventer.

13. J. AGAPITO Y REVILLA. Op. cit. Abril 1942.



Difficile omne parit Natura; sed adiuvat usus

*Die Natur gebt all ding so schwer,
Daber die Übung hilft ihr sehr:*

Naturam: qui si deficit, illa perit.

*Dann man die Übung nicht vorhanden,
So geht die Natur bald zu schanden.*

IV. Valisolet in Hispania. Vista de Valladolid, Grabado de un libro alemán de emblemas del siglo xvii.

bien es cierto que empleando un criterio más riguroso de conservación tal número podría reducirse sensiblemente.

A pesar de estas limitaciones, puede señalarse que, por lo general, la representación de estos edificios es bastante fiel al original. Resulta sumamente expresivo, y da idea suficiente de la fiabilidad del plano, el hecho de que, en la representación de San Benito, el patio de la Hospedería se dibuje incompleto, ya que efectivamente, no se terminará de construir hasta el año 1761¹⁵. La Catedral es también representada con particular fidelidad, puesto que se recogen las últimas obras que en ella se habían realizado y en particular la fachada de Churriguera y el Atrio y, finalmente, la capilla de la plaza de la Universidad se une al edificio principal de la Catedral a través de la pequeña fachada del crucero, que el plano también detalla con gran fidelidad.

Sorprendente resulta el tratamiento dado a las Arcas Reales, pequeños puntos en la calle Zurradores, así como a las fuentes —la del Campo Grande, Fuente Dorada, la Rinconada y la del arranque de la Acera de Recoletos—; en todos los casos el dibujo es extraordinariamente minucioso, carácter éste que alcanza también a los humilladeros y cruceros, elementos clave, en el contexto religioso de la época, por formar parte de un ritual, hoy desaparecido, en el que la liturgia desarrollada fuera de las iglesias desempeñaba un papel de primer orden. Buen ejemplo de este hecho lo constituyen las cruces del camino de Tudela, en el acceso a la ermita de San Isidro.

Constatada parcialmente la fiabilidad del plano en lo que a los edificios singulares respecta, interesa averiguar también si tal carácter alcanza o no a la arquitectura doméstica; tal empeño, empero, tropieza con múltiples y en ocasiones insalvables dificultades, dado que ha desaparecido todo el caserío tradicional, hecha la excepción de algunos palacios y edificios de carácter monumental. La investigación en esta materia queda pues circunscrita a contrastar la información gráfica —el plano— con el Catastro del Marqués de la Ensenada, realizado en 1752, es decir, pocos años después de la fecha de edición de aquél. Ciertamente es que el empeño puede resultar baldío, dado el carácter fiscal de esta fuente, pero no es menos cierto que contiene un número importante de detalles tales como el nombre del propietario, nombre de la calle, número de plantas, dimensiones del frente y de fachada y fondo, precio en el que está alquilada y lindes, detalles que, al menos en el estado

actual de la investigación, pueden corroborar la hipótesis central de la validez y fiabilidad del plano de Bentura Seco.

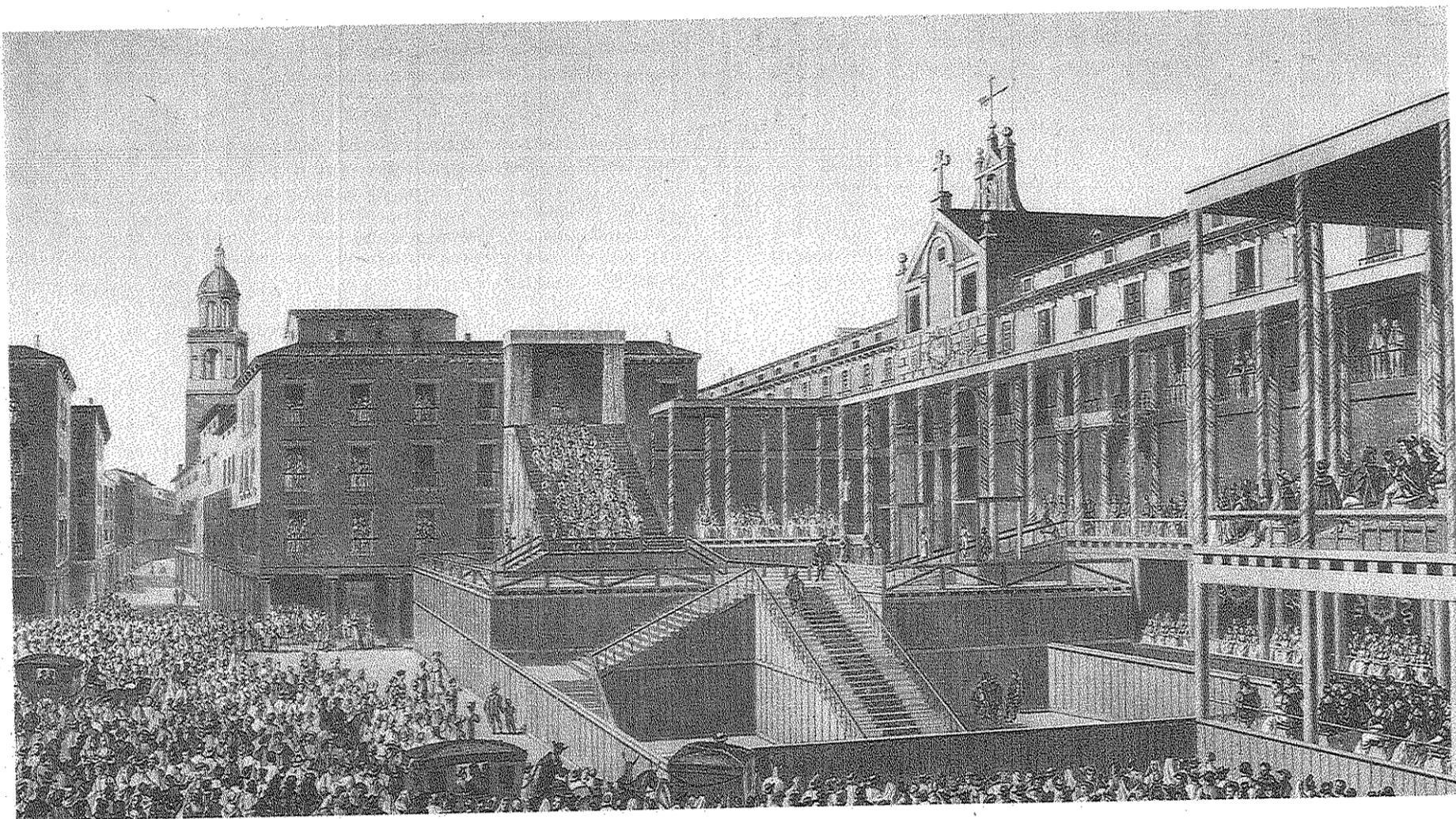
Uno de los principales inconvenientes lo constituye el hecho de que en el Catastro se describe la casa, pero no se hace la descripción de la parcela, salvo en el caso de que ésta tenga algún aprovechamiento agrícola; pero no es el único. Resulta por ello prácticamente imposible la reconstrucción completa de la parcelación en las distintas calles por la multiplicación de nombres innecesarios y erróneos, bien porque al citar las casas con las que confronta una determinada propiedad no se citen, frecuentemente, a sus propietarios, sino a los que allí habitan, por lo que resulta imposible vincular las propiedades, o bien porque no se citan lindes o se les da un nombre desconocido, lo que sin ser necesariamente un error, imposibilita la tarea de reconstrucción de la calle. Pero no son los señalados los únicos inconvenientes; en algunos casos se ha podido comprobar la existencia de lindes que conducen a disposiciones inexplicables o absurdas; en otros se ha constatado una duplicidad en la localización, como en una cadena de casas del Cabildo que van de esquina a esquina de la calle Ruiz Hernández y, por fin, cuando se ha podido reconstruir una calle completa, sus dimensiones no se corresponden con la realidad¹⁶.

Puede, en razón de todo ello, señalarse que no existe una correspondencia exacta, y en muchos casos ni siquiera aproximada, entre el plano de Bentura Seco y el Catastro del Marqués de la Ensenada. No obstante, en el primero pueden identificarse algunos edificios que coinciden *grosso modo* con las descripciones del catastro, lo que nos lleva a pensar que Bentura Seco reproduce los edificios más importantes, ignorando el caserío más pequeño, ya que no se citan casas de menos de 10 metros de frente. Ello puede ser debido a que en el plano se homogeneizan las anchuras de forma arbitraria, o lo que es lo mismo, a que se toma de cada calle lo más relevante, reproduciendo una imagen general y no el necesario detalle de cada casa y cada calle.

El plano de Bentura Seco es por lo tanto, antes que enteramente fiel, verosímil, es decir, no persigue la exactitud, sino simplemente el reconocimiento de la ciudad por sus conciudadanos; responde a este propósito la necesidad de identificar, cuando menos, las casas más importantes, así como los edificios singulares —iglesias, parroquias, conventos, o cofradías, ya que son elementos de la trama urbana con los que todo el vecindario se identifica.

15. LUIS RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, *op. cit.* Pág. 392-396.

16. Catastro del Marqués de la Ensenada, *Respuestas Particulares*. A. M. V. Cajas Históricas, Año 1752. Eclesiásticos, Caja, 31-2. Fols. 56, 56v, 57 y 57v.



V. Auto de Fe en la Plaza Mayor. Grabado de Hilk y Schwartz incluido en la obra de A. Laborde: «Voyage pittoresque et artistique de L'Espagne».

A lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII se elaboran una serie de planos sobre la ciudad de Valladolid, unos de carácter general y otros parcial, que ponen en evidencia una mayor preocupación por el conocimiento y problemas de la misma, aunque ésta no sea tratada con el detalle y municiosidad con que era tratada en épocas anteriores. Los primeros, es decir, los que tienen un carácter general, incorporan además una novedad cual es el servir de complemento a un texto que, o bien simplemente informa sobre la ciudad —el *Viaje de España* de A. Ponz—, o bien relata las desgracias acaecidas con ocasión de la crecida del Esgueva —el *Manifiesto o memoria de las desgracias ocurridas en el día 25 de Febrero de este año de 1788*—. En cambio los segundos, que podemos calificar como simples planos de embellecimiento, son elaborados para ilustrar algunas propuestas de nuevos paseos arbolados o acondicionamiento de las carreteras de acceso a la ciudad; su valor cartográfico es por lo tanto escaso, pero no así su significado histórico y urbanístico.

El plano de Antonio Ponz ilustra el libro de viajes elaborado por este autor, y que lleva por título *Viaje de España*. Al parecer se trata de un plano independiente del texto puesto que en ningún momento se hace referencia a él; es por tanto un plano añadido al discurso, de valor secundario, hasta tal punto que, si se suprimiese, el texto seguiría estando completo y sería perfectamente comprensible. De pequeño formato, es el primer plano geométrico de Valladolid en el que se representan las manzanas con un rayado que las distingue del tratamiento dado a las huertas y campos de labor del entorno.

Pese a su esquematismo, en él se reconoce perfectamente la forma de la ciudad; el dibujo de cada manzana es muy simple, olvidándose, o ignorándose deliberadamente, multitud de detalles. La mayoría de las manzanas que rodean a la Plaza Mayor han sido reducidas a una forma groseramente rectangular, ignorando una de las que forman el Ocho que da salida a la calle Platerías. Similar error se advierte en la Judería, cuya irregularidad queda enmascarada en un trazado perfectamente rectangular. Por si todo ello no fuese suficiente, en aras del esquematismo, en ocasiones se hacen desaparecer determinadas calles —como Hostieros— o se cierran otras como sucede con la calle Campanas.

Es, asimismo, un plano mudo, que informa preferentemente de la extensión de la ciudad, pero en modo alguno de su estructura interior; ni siquiera aparecen destacados —en contra de la práctica común— los edificios singulares de Valladolid, ni los centros oficiales, ni sus monumentos o elementos de interés para el viajero.

El plano está orientado, con una rosa de los vientos en su margen superior izquierdo, y no posee escala gráfica, lo que sin duda se debe a un olvido, dado que es de obligada inserción en los planos de la misma época. Puede ser fechado, indirectamente, en virtud de la presencia de la iglesia de San Miguel, en la plaza de su mismo nombre; según J. Agapito y Revilla, las iglesias de San Miguel y San Julián se empezaron a derribar en Septiembre de 1777, y siendo el último plano que representa la plaza de San Miguel ocupada por la iglesia, podemos su-

poner que fue dibujado aproximadamente diez años antes de la fecha de edición del libro¹⁷.

Es difícil pensar que A. Ponz levantara todos los planos de ciudades que publica; antes al contrario, parece lógico que obtuviese el material gráfico de cada ciudad —planos, plantas y alzados de edificios—, de los mismos informantes que le enseñaban éstas y le abrían las puertas de las iglesias y conventos. Podemos por ello suponer que existía en esta época un plano de Valladolid, de uso común en determinados ámbitos, distinto al plano de Bentura Seco y más sencillo que éste, así como de inferior calidad.

Idénticos calificativos pueden aplicarse al plano que en 1788 se levanta con ocasión de las inundaciones que tienen lugar el 25 de Febrero del mismo año; un plano que acompaña a un libro publicado con dicho motivo, en el que se hacía un inventario de los daños causados por la crecida del ramal Norte del río Esgueva. En la portada del mismo se anuncia la elaboración de un «nuevo plan de Valladolid que distingue los sitios inundados para perenne testimonio de tan triste suceso...». El plano fue realizado por Diego Pérez Martínez, Director de Dibujo de esta Real Academia, que es quien firma en la parte inferior.

El *Manifiesto o Memoria de las desgracias ocurridas en el día 25 de Febrero de este año de 1788*, que tal es el título del citado libro, describe, con profusión de detalles, los daños causados por las inundaciones en los distintos Departamentos, o lo que es lo mismo, según las áreas administrativas en que Valladolid se hallaba dividida, y que con mayor o menor intensidad se vieron afectadas por la crecida del Esgueva. Los edificios públicos, iglesias y puentes dañados merecen especial atención en el informe, haciendo pormenorizada descripción de sus daños.

En este informe se mezcla la descripción objetiva, que aporta información muy valiosa sobre la ciudad, y en particular de alguno de sus más desconocidos elementos, como el saneamiento, y la más ampulosa y lastimera enumeración de desgracias, de las que se responsabiliza a las autoridades municipales. Entre los elementos de mayor interés que este informe contiene, se hace una descripción del sistema de saneamiento que se utiliza en la ciudad y el papel que cumplía el río Esgueva como vertedero y cloaca; la inundación causó tales estragos en el mismo, que fue preciso realizar una revisión completa de los «acueductos, alcantarillas, arcos y manguardias» de las viviendas de sus márgenes¹⁸. Dicha inspección sirve también para comprobar cómo, en muchos casos, son los propios vecinos los que construyen alcantarillas particulares desde sus casas, alterando profundamente la obra realizada en el siglo anterior por el Ayuntamiento, y para constatar, igualmente, la frecuencia con que las construcciones invaden el cauce del río re-

17. J. AGAPITO Y REVILLA. «Nomenclátor...» Op. cit. Pág. 436.

18. Op. cit. Pág. 161.

duciendo los más de dieciocho metros originales —60 pies— a poco más de tres —12 pies—¹⁹. Se constata este hecho en calles como Cantarranas, Platerías, Cebadería y Malcocinado —Francisco Zarandona—; las obras realizadas en ellas habrían reducido el cauce a su mínima expresión, cauce que si estuviese expedito «no podría el Duero ofender a Valladolid aunque corriese entero por él, si fuese posible»²⁰.

El sistema de representación del plano de Diego Pérez es similar al utilizado por los llamados planos geométricos, cuyo uso se había generalizado a principios del siglo XVIII, desplazando paulatinamente a los realizados según el antiguo sistema de perspectiva; desaparece en él todo vestigio de las edificaciones, desvinculándose de la calle, de tal modo que lo que el plano representa es la línea de separación entre calle pública y espacios privados, en los que ya no se diferencia lo que está libre y construido, lo que es patio y casa. Asimismo, el plano se simplifica, configurándose como un instrumento de conocimiento e intervención en la ciudad. Los edificios públicos y particularmente las iglesias y conventos ya no son nombrados, desaparecen, quedando como único y último vestigio de los mismos, una cruz que simboliza el templo; tan sólo en el caso de representarse el espacio ocupado por un edificio singular, se advierte un mayor cuidado, ya sea a través de un retranqueo de la alineación, o del relieve de la fachada.

En la leyenda que acompaña al plano, la enumeración de las iglesias y conventos, práctica habitual en otros planos, ha sido sustituida por las calles y plazas; quedan, no obstante, algunas reminiscencias del antiguo modo de entender y explicar la ciudad, como por ejemplo el que se numera la Catedral y la iglesia de San Benito el Viejo, si bien no son más que meras excepciones. La ciudad, en este plano, se entiende de otra manera; se pone especial énfasis en otros elementos de su estructura, de carácter laico, que ponen en evidencia la existencia de una nueva categoría de preocupaciones e intereses. Sobresale el cuidado puesto en la representación del Plantío de Campo Grande, de las Moreras, el Paseo de Floridablanca, el Prado de la Magdalena, el Camino de Tudela y el Camino de Simancas, así como en el río Esgueva y los lugares por los que atraviesa la ciudad, verdadero «leit motiv» de este plano.

El plano de Diego Pérez ha sido objeto de algunas copias y reediciones, copias en las que desaparece la mancha amarilla del original que simbolizaba el sector afectado por la inundación; en todas ellas se ha puesto de manifiesto el valor del plano en sí mismo, como instantánea de un momento de la historia de la ciudad, desbordándose el sentido del original; es en este sentido expresivo el hecho de que, en alguna de ellas, se ha sustituido la leyenda primitiva por la de *Plano de la ciudad de Valladolid como se hallaba en 1788*. Aun tratándose de ediciones realizadas con la misma plancha que el original, es evidente, por lo anteriormente señalado, que no se trata del mismo plano.

De los últimos años del siglo XVIII datan una serie de planos de algunas zonas de la ciudad, que pese a su diversidad tienen un elemento en común; se trata de planos de embellecimiento, o lo que es lo mismo, planos elaborados para el acondicionamiento de tres sectores: el Paseo de Floridablanca, el Campo Grande y el Espolón Nuevo. Son testimonio de una forma de entender la ciudad, desconocida hasta entonces, en la cual el árbol es el protagonista casi exclusivo; y es que todos ellos incorporan una propuesta de embellecimiento de paseos públicos por medio de plantaciones de árboles que, formando figuras geométricas, componen plazas, calles y paseos.

Son estos planos, en cierta medida, una manifestación gráfica de las ideas ilustradas, difundidas por toda España a través de las Reales Sociedades de Amigos del País. En Valladolid, esta sociedad agrupó a artistas, pintores, nobles y librepensadores de denodado afán reformista. El embellecimiento de la ciudad fue su mayor logro, plasmado justamente en la recuperación de los cauces del Esgueva —por lo general convertidos en vertederos como ya hemos visto—, en la incorporación de lugares intransitables, como Las Moreras, y en la dignificación del Campo Grande y la mejora de las carreteras de salida de la ciudad. Con el pretexto de la higiene y el ornato se irá articulando un nuevo concepto, plenamente desarrollado en la segunda mitad del siglo XIX: la obra pública.

El primero de estos planos, titulado *Plano del Paseo de Floridablanca*, corresponde a un proyecto de un paseo en el camino de Cabezón, con doble hilera de árboles que se interrumpe con una plaza circular frente al convento del Carmen Descalzo, convento que habría de convertirse, tras la desamortización, en Cementerio. Su autor fue Juan Romaza, miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en Valladolid el mismo año en el que se realiza el dibujo: 1784. En efecto, con motivo de la construcción del Nuevo Camino de Valladolid a Cabezón, se decide embellecer la salida de la primera con un paseo de olmos, siendo el presente plano una representación en cierto modo idealizada del mismo, pues no existe proporción en las distancias ni correspondencia alguna entre anchuras o número de árboles. La representación de las huertas y el convento son muy inferiores a la que de las mismas se hace en el plano de Bentura Seco; la ciudad no tiene protagonismo alguno, siendo las únicas referencias a la realidad la presencia de la Puerta y la fachada del convento. Se está dibujando un paisaje ideal.

19. «... Sobre la mano izquierda se reconocen algunas casas modernamente construidas, habiéndose valido de la misma margen del río Esgueva, lo que no se debió permitir, pues sin ellas tendría la Esgueva mas de 30 pies de ancho, hayándose hoy reducida en sumo grado así por lo referido como por la broza, tierra e inmundicias de aquellas vecindades, sin que admita duda lo referido, porque las casas de la calle Cantarranas sólo tenían corrales y salidas por ellos a la Esgueva y hoy se ve que varias casas modernas se manejan no sólo por dicha calle principal de Cantarranas, sino también por aquella calle que era margen de la Esgueva... de este modo, el cauce ha pasado a tener 12 pies, cuando tenía en algunos lugares hasta sesenta pies.» Op. cit. Pág. 167.

20. Op. cit. Pág. 169.

A pesar de su primitivismo y de los errores que contiene, el plano es perfectamente eficaz y cumple su objetivo, transmitiendo al Rey el mensaje de acatamiento y obediencia que de forma tan expresiva se subraya en la orla. No es pues un proyecto para la ejecución material de la obra, sino una imagen genérica del paseo que más tarde se ajustará a lo existente. En el plano de Diego Pérez anteriormente señalado se ha suprimido la plaza circular y los caminos que, perpendicularmente al principal, surgían de éste en el dibujo, lo que nos induce a pensar que, en la realización del paseo, no se tuvo en cuenta el plano, aspecto éste al parecer sin importancia, pues ni el conde de Floridablanca ni el rey tendrían oportunidad de constatar al detalle las diferencias.

Un segundo plano que lleva por título *Plano del Espolón Nuevo*, pertenece, pese a haber sido atribuido a Juan Romaza, a un autor distinto, pues distinta es la caligrafía, el tipo de dibujo e incluso el sentido último del plano. La inserción de una escala en «pies» y la real correspondencia entre el dibujo y las dimensiones de los edificios y las calles nos indican que ha sido elaborado por una pluma distinta de la anterior. Contiene, pese a ser un plano de carácter parcial, una muy valiosa información sobre el estado de la ciudad; existen ciertas semejanzas, en el tratamiento dado a los ríos, con el plano de Bentura Seco, pero en cambio trata con mayor detalle la edificación del sector representado. Pueden, en efecto, advertirse la torre de la iglesia de San Benito, la disposición de las dependencias del convento de San Agustín así como el remate de su iglesia —todo ello desaparecido—; el colegio de San Gabriel, a la izquierda del anterior ofrece una imagen característica de la ciudad antigua, con un muro ciego en su parte baja que se abre en la galería orientada al sol de poniente, similar a la de San Agustín.

Un aspecto ciertamente singular de este plano lo constituye el hecho de que la ciudad y la propuesta de embellecimiento formen dos mundos distintos, estando además dibujados con escalas diferentes; la primera se representa como una vista, es una fachada, mientras que el Espolón y las Moreras se muestran en planta. El dibujo recoge ya el «plantío de las Moreras como se halla al presente» y propone la plantación de una arboleda en tres hileras paralelas al Espolón y una cuarta junto a las tapias.

Es preciso señalar que las moreras, plantadas con el objeto de proveer a la industria sedera de materia prima, tienen un marcado sentido ornamental, tanto por lo ordenado de su disposición, como por la inclusión de bancos en las hileras tercera y sexta; el árbol sirve para formar un espacio urbano del que destaca su plaza central. Esta imagen, aunque incompleta, nos da la justa medida de una ciudad todavía de espaldas al río Pisuega; San Agustín, San Gabriel, San Benito, Santa Catalina y el palacio de los Condes de Benavente, muestran sus traseras, aspecto subrayado por el cinturón de tapias que caracteriza la vista. Las solanas de los conventos, únicos huecos abiertos al río, aprovechan más el sol y el paisaje que el espacio urbano propiamente dicho. El actual plano parcelario muestra la línea de tapias que aquí se aprecia, que la ciudad del siglo XX habrá de traspasar al volver sus fachadas hacia el río, en un proceso traumático y desigual que todavía no ha concluido, pero cuyo inicio se encuentra en este plano.

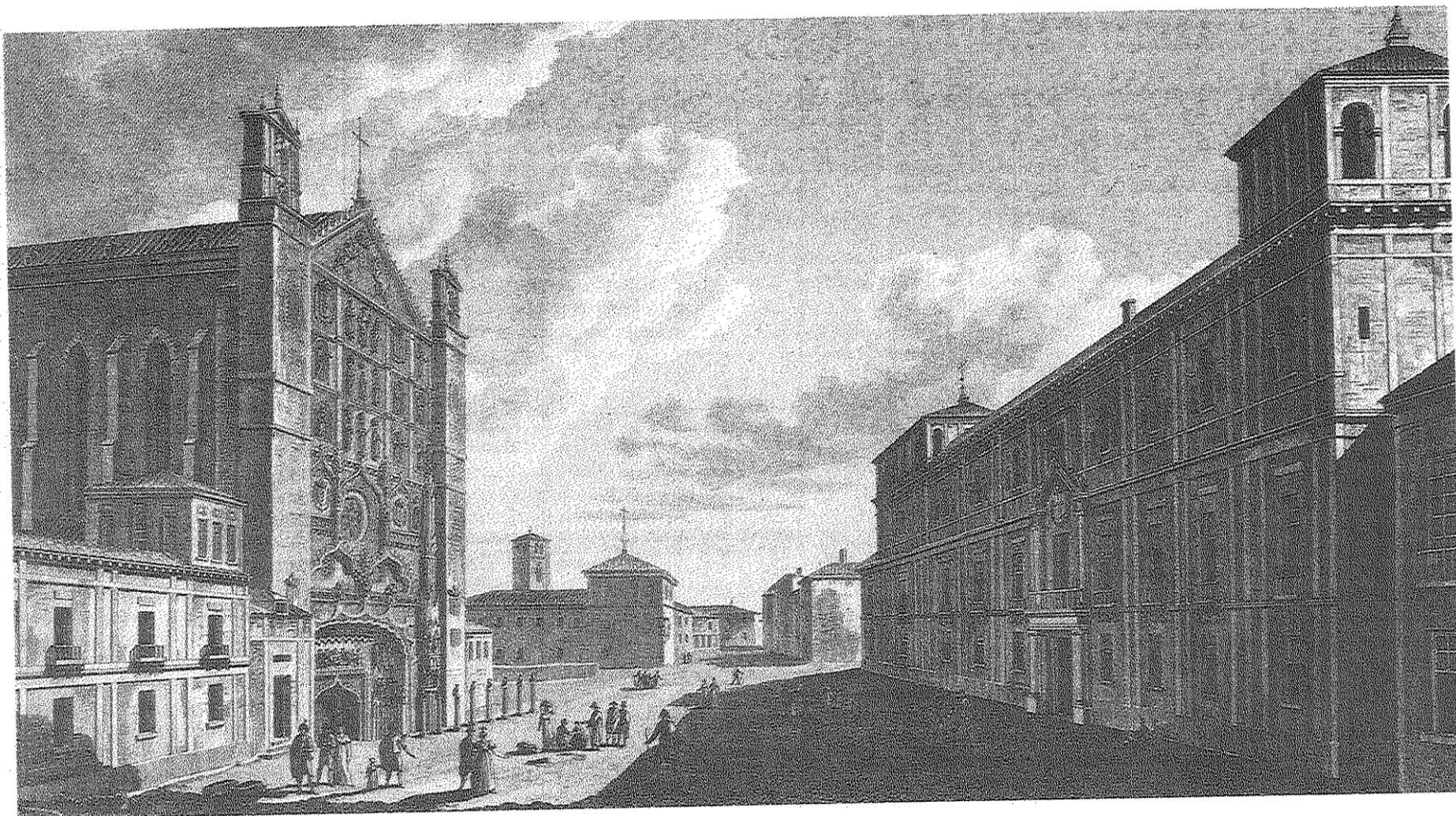
Por su carácter singular, se han agrupado, bajo el epígrafe de *Planos del plantío de Campo Grande*, una colección de seis dibujos, todos ellos coloreados, y realizados con la misma técnica de representación y parecido grafismo. Son planos que recogen distintas propuestas para la plantación de arbolado en este paraje, y puede decirse que han sido realizados por un único autor, que según todos los indicios es Diego Pérez Martínez, pues es él quien firma el proyecto finalmente aprobado, un proyecto del que se hacen dos copias, presumiblemente para dejar constancia en la Corte²¹.

Diego Pérez Martínez, hijo del cronista Ventura Pérez, es una figura clave en el Valladolid de finales del siglo XVIII. Su firma aparece en la mayor parte de los planos de esta época, destacando de entre todos ellos el realizado en 1788 con ocasión de las inundaciones. Director durante muchos años de la Academia de Dibujo, a su pluma se deben, además de los planos citados, los dibujos de los monumentos más importantes de la ciudad. Existen, no obstante, algunas dudas sobre la autoría de los proyectos y, obviamente, de los planos de embellecimiento de Campo Grande, planos que, al menos en lo que respecta a su diseño —que no a su dibujo—, han sido atribuidos al arquitecto Francisco Antonio Valzania, ya que, en los mismos años, se hallaba en Valladolid con motivo de la construcción del convento de Santa Ana, según las trazas de Sabatini²². No obstante, parece discutible tal interpretación, máxime si tenemos en cuenta que, de haber participado en la elaboración de los proyectos, es muy probable que hubiese dibujado también los correspondientes planos —en cuyo caso los hubiese firmado—, ya que, como arquitecto, sabía hacerlo, y su Tratado de Arquitectura así lo demuestra. Por el contrario es perfectamente lógico que Diego Pérez, director de la Academia de Dibujo de Valladolid, no firme todos los planos ya que, presumiblemente, una parte de ellos no sería más que simples borradores, como lo demuestran los trazos semiborrados que todavía pueden leerse. No son pues alternativas realizadas por autores distintos, sino sólo una con diversas variantes, en busca de la considerada más idónea para la ciudad.

El primero de estos planos es el que lleva por título *Proyecto del Plantío del Campo Grande*; se trata de un dibujo en el que aparecen representadas las plantas de las iglesias con su correspondiente numeración, hecho que tiene una gran impor-

21. «Plan del Campo Grande de esta ciudad de Valladolid» en el Museo Arqueológico de Valladolid. Las copias depositadas en la Biblioteca Nacional, sección Mapas y Planos, MXLIII-17 y Servicio Geográfico del Ejército n.º 246.

22. M. A. FERNÁNDEZ DEL HOYO. «Desarrollo urbano y proceso histórico del Campo Grande de Valladolid». Pág. 394. Nota 20.



VI. Plaza de San Pablo. Grabado de Née y Desmaysons. Incluido en la obra «Voyage pittoresque et artistique de L'Espagne» de A. Laborde.

tancia, puesto que, con la excepción de la iglesia de San Juan de Letrán y el convento de Nuestra Señora de la Laura, el resto de las iglesias han desaparecido, siendo este documento el único que proporciona información sobre su disposición interior. Así, este documento aclara la disposición interior del Hospital de la Resurrección, e igualmente, sólo a través del citado dibujo conocemos el tamaño y disposición de las iglesias de los conventos del Corpus y Jesús y María.

Un segundo conjunto de planos son los que representan el plantío del Campo Grande a vista de pájaro. Todos ellos son originales, es decir, han sido dibujados independientemente y poseen ligeras diferencias en los detalles, en la numeración de los monumentos y en la ortografía. El primero de ellos, que carece de título, puede ser identificado por el número seis que aparece en su margen inferior derecho, bajo la orla; representa los edificios que bordean el Campo Grande —iglesias, conventos y hospitales—, con sumo cuidado y fidelidad, identificando cada uno de ellos con su nombre si bien es cierto que el resto del caserío, particularmente en el barrio de San Ildefonso, se dibuja de forma más descuidada. Propone este proyecto un doble círculo central de árboles, a modo de plaza, del que parten ocho calles con ángulos de 45 grados entre sí. En el borde se forman calles perimetrales, reforzadas por una doble hilera de árboles.

Un segundo proyecto que se titula significativamente *Plan del Campo Grande de esta ciudad de Valladolid*, es el definitivo, y habrá de llevarse a la práctica en los años posteriores. Se conservan de él tres copias y un cuarto dibujo que desarrolla el sector central dotándole de bancos. Tales ejemplares que se conservan son, en sentido estricto, diferentes, existiendo un número importante de detalles que evidencian tal hecho; la numeración es en todos ellos distinta, carácter que alcanza también al patio de los edificios singulares y al caserío del barrio de San Ildefonso. En el original depositado en el palacio de Fabionelli, quizá el peor conservado, aparece la firma de Diego Pérez Martínez, no existiendo por otra parte dudas sobre su autenticidad puesto que este proyecto aparece incorporado en el plano general de 1788, del mismo autor.

Es de destacar la mejor proporción que se da al Campo Grande en estos dibujos en relación con el primero y, en particular, a las dimensiones del frente Sur, emplazando correctamente la iglesia de San Juan de Letrán, lo que comporta el des-

plazamiento de la plaza central. En cierta medida puede considerarse como una evolución del anterior, si bien lo mejora sustancialmente, adecuándolo a las condiciones del Campo; mantiene la plaza central, reduciendo a seis el número de calles y duplicando de forma generalizada las hileras de árboles, de tal modo que cada calle se define por cuatro hileras que forman una calzada central y un paseo a cada lado. Se forma, a la vez, una segunda plaza circular, frente a la salida de la Puerta del Campo, en una situación muy próxima a la actual Plaza de Zorrilla.

Se completa este proyecto con un dibujo parcial de la plaza central que recoge el frente Sur del Campo con la fachada de San Juan de Letrán como elemento central, dibujándose unos bancos verdes y rojos de forma alterna alrededor de la plaza principal en cuyo centro aparece la leyenda «aquí es el sitio de la fuente». El dibujo es muy preciso y su nivel de concreción nos indica que se trata de un plano que desarrolla un proyecto ya aprobado; efectivamente, en el documento «Descripción de los plantíos que de Orden del rey se han ejecutado...» se da cuenta de cuál era la forma del plantío y se amplían algunos detalles que la información gráfica sólo permitía suponer. Así, por ejemplo, se señala que «...tiene una gran plaza en medio, circular con tres filas de árboles que forman dos calles; la interior de a pie y la exterior de coches... con 24 asientos de madera labrados de a 10 pies de largo cada uno, sentados sobre piedras redondas, pintados de verde y en el claro de los asientos y calles de a pie se han colocado dos trozos de columnas en cada uno, para impedir la entrada de coches y dichos trozos sirven también de asientos»²³.

Estos planos nos muestran los cambios que experimenta la ciudad y el distinto empleo de la cartografía que, como instrumento, evoluciona paralelamente. Así, mientras el gobierno de la ciudad se transforma, la cartografía pasa de la imagen que imita la realidad visible a un documento abstracto, basado en un código formal. La imagen se democartiza y se adapta a los requerimientos de un grupo de ciudadanos ilustrados, que auguran ya una nueva época.

23. J. ORTEGA RUBIO. *Documentos curiosos acerca de Valladolid y su provincia*. Valladolid 1888, Págs. 27 y 28.

II. EL SIGLO XIX: UN PERÍODO DE MAYOR Y MÁS DIVERSA PRODUCCIÓN CARTOGRÁFICA SOBRE LA CIUDAD DE VALLADOLID

El siglo XIX es, sin lugar a dudas, un periodo de profundos cambios en la estructura y paisaje urbanos de Valladolid. A lo largo de él se irán sumando una serie de transformaciones, tanto en su vertiente económico-funcional como en su aspecto social, que imprimirán un nuevo ritmo, un cambio profundo en la escala de las operaciones urbanas. Bien es cierto que se trata de un periodo de la historia de Valladolid extraordinariamente irregular en la secuencia productora de fenómenos espaciales y que no todas las iniciativas son autóctonas; antes al contrario, el carácter convulso desde una perspectiva social y política del siglo XIX originó importantes discontinuidades en el quehacer renovador de la población vallisoletana e igualmente, los primeros cambios verdaderamente significativos —hecha la excepción de los promovidos al finalizar el siglo XVIII por iniciativa de la Real Sociedad Económica de Amigos del País— tendrán lugar durante la ocupación francesa.

Ello no obstante y de forma lenta pero progresiva, Valladolid se incorpora a una nueva fase en su proceso de desarrollo urbano, coincidente con el resto de las ciudades españolas, al menos con las de mayor dinamismo económico y social. Tal fase se añade, prácticamente sin solución de continuidad, a una estructura consolidada en el siglo XVI, convencionalmente considerado como el periodo de esplendor por excelencia de Valladolid. Durante esta nueva etapa de crecimiento urbano se romperá con la atonía de siglos anteriores, iniciándose una recuperación que ya no se verá interrumpida como en el pasado, por más que se sigan reproduciendo episodios de crisis económica y de mortalidad catastrófica propios del Régimen Demográfico tradicional; y es que Valladolid recuperará, especialmente durante el último tercio del siglo XIX, la capacidad de atracción del pasado, bien es cierto que por motivos diferentes, constituyéndose en un importante núcleo receptor de la población de la propia provincia y del resto de la Región. A ello contribuye en gran medida el desarrollo de la industria, no ya de la industria tradicional, sino de una nueva generación de industrias, de carácter moderno, surgida inicialmente en torno al Canal de Castilla y más tarde gracias al ferrocarril.

El consiguiente robustecimiento de la burguesía es sin duda el factor que impulsará el grueso de las transformaciones urbanas, transformaciones que alcanzarán, preferentemente, al interior de la ciudad y en particular al centro de la misma, tanto por la existencia de una gran cantidad de suelo incorporado al mercado inmobiliario gracias a la desamortización, como por ser el sector al que se dirigirá el grueso de la demanda de vivienda solvente. Son en efecto numerosas las operaciones de embellecimiento de inmuebles, acondicionamiento, apertura y cambio de alineación de calles y urbanización completa de diversos fragmentos del Norte y Sur de la ciudad, junto a otras encaminadas a dotar de infraestructura —alcantarillado, alumbrado, etc.— al conjunto de la ciudad.

No obstante, la actividad edificatoria y urbanística en general se llevó a cabo bajo el signo de la más absoluta discriminación social, principio éste, que puede considerarse constante en el proceso de desarrollo urbano contemporáneo en España; numerosos sectores de la ciudad y particularmente los barrios tradicionales de la misma, quedaron al margen de tales transformaciones, pese a ser los que inicialmente absorben el grueso del crecimiento de la población, agravándose por ello las muy deficientes condiciones con que se habían incorporado a tal proceso. Asimismo no se prestará atención alguna al asentamiento de nuevos contingentes de población —inmigrantes— en la periferia de la ciudad, un asentamiento de escasa importancia en términos cuantitativos, pero de enorme significado, dado que es el inicio de un proceso habitual de crecimiento urbano en Valladolid y otras ciudades españolas.

Afortunadamente, todos estos procesos pueden ser documentados gracias a la excepcional producción cartográfica decimonónica, tanto la que tiene un carácter general, como la que se elabora con ocasión de los frecuentes proyectos de cambios de alineaciones para determinadas calles de la ciudad. Son, en efecto, numerosos los planos de Valladolid elaborados en el siglo XIX, pese a lo cual y a nuestro entender no es éste el aspecto más destacado; mayor importancia tiene el hecho de que gran parte de los mismos se levanten, o adapten, con ocasión de alguna de las más importantes reformas en infraestructura urbana, lo que permite conocer, con cierto detalle, el alcance y significado de las mismas en una ciudad atónica y morfológicamente degradada como Valladolid.

Si pocas son las ciudades españolas que cuentan con una producción cartográfica tan notable como Valladolid, pocos son los periodos en la historia de esta última en los que se acumule tan grande y variada —en calidad y objetivos— información gráfica sobre el estado de la ciudad. Sin duda por los progresos técnicos, quizá por imperativo legal, pero sin duda también por la cada vez mayor preocupación por los fenómenos urbanos y por la necesidad de la cartografía como ins-

trumento de trabajo en la práctica municipal, durante el siglo XIX se elaborarán numerosos planos, planos que no siempre son absolutamente originales, puesto que será práctica habitual repetir —copiar— aquéllos que tienen mayor calidad, siendo éstos escasos en número; en cambio todos ellos son absolutamente singulares por la información que contienen, siendo éste el aspecto más sorprendente, sin duda, de la cartografía decimonónica: la diversidad de contenidos.

El plano deja de ser, durante el siglo XIX, un mero elemento informativo, carácter al que en buena parte responden los planos pictóricos de periodos anteriores, para convertirse en un instrumento de trabajo en las innumerables operaciones de transformación del espacio urbano, operaciones que se suceden con inusitada rapidez durante, al menos, los últimos veinte años del siglo XIX. Pero otros son, además del indicado, los motivos que justifican la elaboración o reproducción de un plano: los relacionados con la defensa o estrategia militar, argumento éste que inspira gran parte de la cartografía de la primera mitad del siglo y la ilustración de libros de viaje, guías o enciclopedias, función que cumplen, de forma preferente, en la segunda mitad del siglo XIX.

En el primer caso, los trabajos cartográficos recibieron un considerable impulso a raíz de la reorganización del Cuerpo de Ingenieros Cartógrafos encargada por Felipe V al belga J. Próspero Verboon; desde principios del siglo XIX la responsabilidad cartográfica quedará en manos del Depósito de la Guerra, cuerpo creado en 1810 con la misión de «reunir los documentos que pudieran facilitar al mando sus estudios y decisiones». Bien es cierto que todos los esfuerzos se orientaron a la elaboración del Mapa Itinerario Militar, mapa que fue publicado en 1865 en 20 hojas de escala 1:500.000, quedando el levantamiento de planos de ciudades relegado a un lugar muy secundario, salvo en el caso de Plazas de alto valor estratégico.

Lamentablemente, la información que aportan sobre el estado de la ciudad, tanto los planos militares como los elaborados con otros fines, es realmente escasa; son ricos en cambio en descripciones pintorescas, centradas en elementos de carácter simbólico o monumental; no pasan de ser por ello más que meros esquemas del «callejero» urbano, carentes de calidad cartográfica, pero no exentos de gran valor histórico y documental. Adolece, en cambio, la cartografía de este periodo de un gran inconveniente: la irregularidad de su producción.

Aunque no corresponde estrictamente al siglo XIX, merece especial consideración, por recoger el estado de la ciudad a finales del siglo XVIII, un plano que puede ser fechado hacia 1790, que lleva por título «Plano del Nuevo camino desde la ciudad de Valladolid al Páramo de Villanubla por las inmediaciones de Zaratán para carretera Real de Galicia, León y Asturias». Se trata de un pequeño plano descriptivo, pictórico en el tratamiento de los núcleos de Zaratán y Villanubla, que recoge, en su ángulo inferior izquierdo, la superficie ocupada por la ciudad de Valladolid, dividida en manzanas sobre las que, y por medio de una serie de letras, se localizan los monumentos o edificios más destacados de la misma. Pese a la simplicidad del dibujo, resultan sorprendentes los detalles de los plantíos de árboles en todos los caminos de salida de la ciudad. Hecha esta salvedad, de los primeros años del siglo XIX, precisamente los más convulsos desde el punto de vista político y social, no existen o al menos no nos ha llegado resto cartográfico alguno, lo que contrasta vivamente con la relevante aportación dieciochesca a la cartografía urbana de Valladolid.

Hay que esperar hasta 1820 para que se publique, como ilustración a la obra de A. Laborde «Voyage pittoresque et historique de L'Espagne» un primer plano del siglo XIX que lleva por título «Plano de Valladolid y sus cercanías». Aporta este documento una información escasa y poco relevante del interior de la ciudad, dado que preferentemente se centra en la descripción de las cercanías de Valladolid incorporando un peculiar estudio topográfico de las mismas. Impreso en tinta negra, detalla el trazado de las manzanas, sin identificar las calles y sí en cambio los ríos, caminos y puertas de acceso a la ciudad²⁴.

Pocos años más tarde, en 1826 —14 de julio— se publica un interesantísimo «Plano de la ciudad de Valladolid rectificado según se halla hoy día de la fecha en cuanto a sus calles, templos y ruinas ocasionadas desde el año mil setecientos

24. A. DE LABORDE. «Voyage pittoresque et historique de L'Espagne». Paris, L'Imprimerie de P. Didot, L'Aine MDCXXX. Tomo II, 2ª parte. El texto de la Página 20 señala «Planche XXVIII. Plan de Valladolid peu de villes de Espagne sont mieux situées et mieux bâties que Valladolid, célèbre dans les annales espagnoles par la multitude d'évenements qui se sont passés dans ses murs. Entournée de campagnes, agréable et fertile, arrosée par les rivières de Pisuerga, d'Esgueva, et sur tout du Douro, elle est le centre du commerce interieur de la Castille, du royaume de Léon et du Portugal. Il ne paroît pas qu'elle ait été construite du temps des Romains. Cependant quelques historiens présement qu'elle a remplacé l'ancien Pincia, dont parle Ptolomé...»

ochenta y ocho». Fue elaborado por Todor Otermin, a la sazón Subteniente del Regimiento 5º de Infantería de Línea, bajo la dirección del Coronel del Real Regimiento de Ingenieros D. Manuel Otermin. Se trata de un plano en cinco tintas, en el que se describe el núcleo de población, identificándose en él las distintas manzanas y edificios singulares por medio de números, así como los templos que no están en uso —sin tema sacramento— y los templos y edificios en estado de ruina, salvo sus atrios y soportales.

El año de referencia —1788— corresponde a la publicación del plano de Diego Pérez, o lo que es lo mismo, a la inundación sufrida por la ciudad a causa de la crecida de los ramales Norte y Sur del Esgueva, hecho que confirma, por una parte y de forma indirecta, la hipótesis de la que hemos partido, es decir, la inexistencia de planos en los primeros veinte años del siglo XIX, al tiempo que sirve, por otra, para comprobar las transformaciones del citado periodo; baste señalar que el plano recoge un total de 67 edificios en estado de ruina, en su mayor parte conventos e iglesias, producida durante la intervención francesa en la ciudad; y es que, a pesar de que el contexto en el que se llevó a cabo la misma no fue evidentemente el más idóneo, la presencia de los ejércitos franceses en Valladolid tuvo una enorme trascendencia, particularmente en lo que se refiere al tratamiento dado a los numerosos edificios de carácter religioso con que contaba la ciudad. La relación de los que cambiaron de uso por necesidades de la guerra, convirtiéndose en cuarteles, hospitales, almacenes, depósitos de armas o presidios, así como de los que fueron parcial o totalmente demolidos es considerable; los conventos del Carmen Calzado, San Juan, San Ambrosio y Jerónimos del Prado, serán utilizados como hospitales militares; la Merced Descalza, fue utilizado transitoriamente para el alojamiento de prisioneros, mientras que, como simples cuarteles, se emplearon las dependencias de los conventos de Agustinos Filipinos, San Benito, San Agustín, La Victoria, San Gregorio y la Merced Descalza. Peor suerte corrieron en cambio los conventos de San Francisco, San Basilio, Trinitarios Calzados y Madre de Dios, cuyas fábricas fueron enteramente demolidas, así como San Benito y San Pablo, que fueron parcialmente saqueados por el ejército francés.

El primer ejemplo de lo que podemos considerar cartografía instrumental aparece en fecha relativamente temprana, aunque en este caso el objeto de estudio no sea específicamente la ciudad, sino un proyecto de canalización; fue su autor Epifanio Esteban, Director facultativo del Canal de Castilla y lleva por título «Plano topográfico del terreno que media desde el pueblo de Santovenia hasta la ciudad de Valladolid, marcándose el curso que ha de tener el canal cuyo desagüe debe ser el de la izquierda en el río Esgueva y el de la derecha en el Pisuerga». Aunque carece de fecha, parece datar del año 1832, en pleno reinado de Fernando VII. Se trata de un plano topográfico e hidrográfico, de escala de 1.000 varas castellanas, manuscrito sobre papel en varios colores, heredero, desde el punto de vista gráfico, de la cartografía del siglo XVIII; en él se describe el proyecto de Canal desde el río Esgueva, incluyendo el núcleo de población organizado en manzanas sobre las que se destacan los edificios y plazas más importantes, así como el curso del río Pisuerga con todos sus elementos —conventos, puentes, molinos, etc.— desde el Monasterio del Prado hasta Santovenia.

En 1837 está fechado un plano que lleva por título «Plano de las acciones de Valladolid» y que, como en el caso de los anteriores, describe el núcleo de población y principales caminos de acceso a la ciudad. Puede considerarse como un documento elaborado, con fines militares, durante las Guerras Carlistas, puesto que en él se señalan —en leyenda sobre el lado izquierdo— las claves cromáticas para su interpretación —el rojo para las llamadas tropas nacionales y el azul para las tropas facciosas—; sin duda es el complemento de una memoria —no localizada— puesto que las calles y plazas están numeradas sin que la leyenda detalle las correspondientes equivalencias.

Mucho más completo y de mayor calidad es el «Plano de la ciudad de Valladolid con las (obras) de defensa ejecutadas en los años de 1836 y 18...», fechado el 20 de Agosto de 1839. Responde a los mismos objetivos que el anterior, aunque éste es de menor calidad; está elaborado en tinta negra, completada con «líneas de carmín» para representar las obras de defensa realizadas. No aporta ninguna nove-

dad sobre el estado de la ciudad, salvo en lo relativo al acondicionamiento de las líneas defensivas, lo que por otra parte puede considerarse perfectamente explicable, si tenemos en cuenta que durante los primeros años del siglo XIX los cambios que experimenta Valladolid son ciertamente insignificantes; ni su caserío se vio renovado pese a su notorio envejecimiento, ni sus calles acondicionadas, a pesar de las reiteradas denuncias que sobre éste y otros aspectos se habían realizado a finales del siglo XVIII.

En 1844 se elabora, publicándose dos años más tarde el «Plano de Valladolid y sus contornos dedicado a la Academia de Nobles Artes de la Purísima Concepción» plano que se dibuja por los hermanos Carlos Juan y Victoriano María de Ameller y en el cual se representa, tanto el interior de la ciudad, como sus bordes con notable precisión y profusión de detalles; son precisamente éstos los que nos permiten apreciar las escasas, pero significativas transformaciones que ha sufrido la misma en los primeros años del siglo XIX, al menos en contraste con otros planos anteriores de similar calidad, como los de Bentura Seco y Diego Pérez. Se

localizan todas ellas en el interior, destacando las que pueden apreciarse en el entorno del Portillo de la Pólvara y en el barrio de San Andrés, así como en los paseos situados en las proximidades de las principales puertas de entrada a la ciudad, en su mayor parte embellecidos por iniciativa de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Incorpora este plano, a ambos lados y en recuadro, una detallada leyenda bajo los epígrafes de «Descripción estadística» en el izquierdo y «Explicación circunstanciada del plano» en el derecho; en la que se ofrece una mera pero interesante información sobre el estado de la ciudad. Por ella sabemos, por ejemplo, que Valladolid era una ciudad «cerrada de tapia» con cuatro puertas principales: la del Puente Mayor, que abre el camino de Rioseco, León, Asturias y Galicia, la de Santa Clara, donde principia el Arrecife Real de Burgos, la de Tudela, que dirige al camino de esta villa y la del Carmen, que conduce por las carreteras nueva y vieja a la Corte. Conserva, de modo aproximado, la parcelación periférica del plano de Bentura Seco, hecho que sirve para constatar las escasas variaciones que, en más de cien años, han experimentado los bordes de la ciudad, con la excepción de los nuevos elementos incorporados a ella como el Canal de Castilla. Frente a esta relativa atonía —reflejo del estancamiento económico y demográfico—, persistirá, durante la primera mitad del siglo XIX, una especial preocupación por la «obra pública», así como por el embellecimiento de la ciudad; a este respecto, en su obra Historia de Valladolid, M. Sangrador señalaba en 1851 que «las obras de utilidad pública, de embellecimiento y ornato ejecutadas (sic) por la corporación municipal en el presente siglo son numerosísimas, mereciendo entre ellas un distinguido lugar la construcción que en 1826 se hizo de los dos grandes ojos del Puente Mayor... en 1929 se prolongó el embaldosado de la



VII. Mercado de Portugalete. Grabado de Charles Whymper incluido en la obra «Picturesque Europe 1976-1979».

Acera de San Francisco desde la calle de Olleros a la de Teresa Gil, y se hizo la cañería para las fuentes que habrán de colocarse en el nuevo paseo de Recoletos... se dió principio a la construcción del cementerio del Carmen... en 1837 se construyeron las hermosas aceras de las calles de Santiago y Teatro... en 1839 se levantó el puente de piedra sobre la Esgueva contiguo al ex-monasterio de San Benito...»²⁵.

Dos años más tarde, en 1847, se publica un plano titulado «Plano de Valladolid y sus inmediaciones hasta la distancia de 500 pies» debido a M. Rodríguez Hidalgo; pertenece a una serie de planos de diferentes ciudades españolas hechos por el ejército durante las Guerras Carlistas. Como no podía ser de otro modo, en él y en una leyenda situada en el lado izquierdo, se recoge la localización de las diferentes dependencias militares, tales como el Cuartel de la Merced habilitado, el Cuartel de San Antonio, el Cuartel de San Benito, el Cuartel de Milicia, Cuartel de San Ignacio y Cazalla, Polvorín y Cuerpo de Guardia; en la leyenda del lado derecho se recoge la localización de algunos edificios públicos tales como el Seminario, la Catedral, Diputación, etc... Nos permite comprobar, asimismo,

25. M. SANGRADOR VÍTORES. «Historia de Valladolid». Valladolid 1851.

que la práctica iniciada por los ejércitos franceses, consistente en «habilitar» ciertas dependencias para usos militares no sólo se ha mantenido, sino que, al compás de las diversas etapas desamortizadoras, se ha acentuado al añadirse usos de carácter civil —hospitales de dementes, escuelas, viveros, presidios modelo, etc...

Más conocido y difundido es el plano de D. Francisco Coello de Portugal y Quesada, que lleva por título «Valladolid» y que pertenece a la publicación del Atlas de España y sus Posesiones de Ultramar, complemento del Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de D. Pascual Madoz. Presenta este plano una acusada similitud, quizá por la proximidad de la fecha de publicación, con el plano de los hermanos Ameller, aunque no es estrictamente un calco, puesto que incorpora algunos cambios tanto en el trazado de las manzanas como en la toponimia urbana; proporciona asimismo, una notable información sobre el estado de los bordes de la ciudad, aunque ha de entenderse que, en buena parte de los casos, el dibujo no es fiel a la realidad, sino que obedece a la imaginación del autor o autores. Resulta, en efecto, sorprendente el trazado del interior de las distintas parcelas de la periferia urbana, apreciándose una muy variada gama de estructuras ajardinadas. Es, en cambio, extraordinariamente rico en la toponimia urbana que incorpora, relativa a las plazas, puentes, edificios civiles, militares y religiosos, con indicación, en algunos casos, del uso anterior en los mismos: ex-convento de la Merced, hoy cuartel, ex-convento de Capuchinos, hoy cuartel de la Guardia Civil, ex-convento de Carmelitas Descalzas, hoy Hospital Militar o ex-convento de Trinitarios, hoy fábrica de Tejidos, etc... Singular también podemos considerar la referencia que se hace de ciertos establecimientos públicos como la Casa de Baños, el Parador de Tudela, en la puerta del mismo nombre, el Jardín Botánico, el Vivero del Ayuntamiento, las instalaciones del Canal de Castilla, etc...

De mediados de siglo, sin que se conozca la fecha exacta, data un grabado que lleva por título «Valladolid. Vista desde encima de la Puerta de Madrid», debido a A. Guesdon. Corresponde a una serie de vistas de diferentes ciudades españolas, tomadas «a vol d'oiseau», en la que se recoge el estado de la ciudad desde la puerta de Madrid y Campo Grande. De 1857 y grabado por los hermanos Malo, existe un nuevo «Plano de Valladolid» incluido en el Mapa Civil y Militar de España y Portugal de Alejandro Donet, en el que se muestra la situación de Valladolid y de otras 33 ciudades españolas en el momento de la Guerra de la Independencia. Está impreso en tinta negra, y en él se describe el núcleo de población prestando especial atención a las carreteras, caminos, puertos y determinados elementos de la ciudad —Campo Grande, Plaza Mayor, etc...—. Pese a ser de fecha similar al de F. Coello —década de 1850—,

la información que proporciona es incompleta y en ocasiones contradictoria con relación a lo que por otras fuentes se conoce, respecto al parcelario y superficie ocupada por la ciudad; este hecho resulta sorprendente si tenemos en cuenta que está «construido sobre las observaciones astronómicas y náuticas más nuevas sobre los más auténticos mapas y sobre las operaciones geodésicas hechas por los oficiales españoles, franceses e ingleses durante la Guerra de la Independencia»²⁶. Es muy similar al plano incluido en la obra de A. Laborde, hecha la salvedad de, por una parte, el mayor detalle de los bordes de la ciudad de este último y la mayor precisión del que ahora comentamos respecto al grado de ocupación de las manzanas en el interior de la misma, y ello pese a que la información que proporciona sobre el parcelario de algunos barrios —San Andrés, Tenerías, Santa Clara, San Nicolás— y sobre el trazado de los ramales Norte y Sur del Esgueva es errónea; al menos así lo entendemos por no corresponder a lo que recogen otros planos de la época.

Cuatro años más tarde, en 1861, se publica un nuevo «Plano de Valladolid» como ilustración al Manual Histórico y Descriptivo de Valladolid. Fue un plano muy reproducido en otras publicaciones sobre la ciudad de Valladolid, aunque su calidad era escasa.

También muy conocido y reiteradamente copiado, fue el plano de J. Pérez de Rozas fechado en el año 1863. Su elaboración responde a la necesidad, puesta de

manifiesto por la Corporación Municipal, de disponer de un documento preciso que sirviese de referencia en las numerosas obras de acondicionamiento del tejido urbano que se estaban realizando en Valladolid; es al mismo tiempo una respuesta tardía a una serie de disposiciones de rango nacional por las que se obligaba a los distintos ayuntamientos a levantar un plano geométrico de sus poblaciones —Reales Órdenes de 25 de Julio de 1846 y 19 de Diciembre de 1859—, con el objeto de «...evitar los numerosos conflictos que suelen ocurrir con motivo de la construcción de edificios de nueva planta y reedificación de los antiguos»²⁷.

Como respuesta a estas exigencias, y con el fin de recoger en un plano todas las modificaciones que la ciudad había experimentado, el Ayuntamiento fue autorizado por el Gobernador Civil de la provincia el 10 de Marzo de 1862 para que procediese a formar un plano topográfico de la ciudad «en el único caso de que lo ejecutara el arquitecto de la ciudad bajo su dirección y responsabilidad, pudiendo recibir como meros auxiliares a los señores Alderete y Fraile con el sueldo de 24.000 reales»²⁸. No obstante, y ante la propuesta de J. Pérez de Rozas, Capitán que había sido del Estado Mayor,

el Ayuntamiento rescinde el contrato con los anteriores y le encarga, por resolución de 5 de Enero de 1863, la realización del proyecto. Finalmente, el 24 de Enero de 1864 el Ayuntamiento recibe los trabajos y aprueba el plano elaborado, acordándose además que «el plano pase a la comisión de Obras y arquitecto municipal para que, teniendo en cuenta todas las alineaciones parciales aprobadas por S. M., proponga las de todas las calles de la capital, cuidando de detallar las que se hallen en el primer caso, es decir, las ya aprobadas y en vigor»²⁹.

J. Pérez de Rozas presentó un conjunto de 12 hojas a escala 1:1.000 y 98 hojas a escala 1:250, así como una reducción general del plano a escala 1:5.000; unas y otras fueron empleadas durante largo tiempo como documento de trabajo por parte de los arquitectos municipales, los cuales, a base de incorporar enmiendas directamente sobre ellas «andando el tiempo no se tenía el plano de 1863 ni el actual a que pudiera referirse»³⁰.

Puesto a la venta se señalaba de él lo siguiente: «la obra que ofrecemos consiste en una lámina de 570 pulgadas cuadradas de grabado, a saber, 28 y media de longitud y 20 de latitud. Comprende la topografía de la población y la de sus contornos, extendiéndose por la longitud del río Pisuegra, desde más allá del conocido convento del Prado, hasta las últimas huertas que por el lado opuesto se hallan fuera de la puerta llamada de Santa Clara; y en su anchura, desde la altura denominada de La Maruquesa, hasta la ermita de San Isidro, todo inclusive... La escala es de un ocho mil cuatrocientos avos, respecto del natural. La explicación tiene más de 270 apuntaciones para dar

a conocer todas las calles, plazas, caminos, paseos y objetos notables de la población e inmediaciones. El precio de cada ejemplar será de veinte reales para los suscriptores, los que no abonarán nada hasta su recibo»³¹.

Lamentablemente, y pese a su notable calidad técnica, será rápidamente desbordado ante la avalancha de proyectos de reforma parcial de las alineaciones en él reseñadas; en contra de ellas se irán formando «...sucesivamente diferentes proyectos de alineación parcial de varias calles y plazas que, sometidas a la superioridad con arreglo a lo dispuesto en la Real Orden de 19 de Diciembre de 1859, merecieron las más su aprobación y han servido de base para la completa regularización de varias calles y plazas y aun manzanas enteras de esta población»³².

En 1864 se publica, como complemento de la obra «el indicador de Valladolid» un nuevo «Plano de Valladolid» de pequeñas dimensiones, sumamente esquemático, destinado a cumplir la función de «callejero» de la ciudad. Dada la proximidad



VIII. Catedral. Litografía de E.G. de la Crosa. «Recuerdos y Bellezas de España. 1861».

26. A. DONNET. «Mapa civil y militar de España y Portugal con la división en distritos enriquecidos con los planos particulares de 34 ciudades y puertos principales dedicado a las heroicas naciones española y portuguesa por los editores Dauty y Malo». Biblioteca Nacional. Sig. G.M.-288, Hoja 2.

27. M. BASSOLS COMA. «Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)». Ed. Montecorvo, Madrid 1973, 638 pp. Cfr. Pág. 102, «Proyecto de reforma de alineaciones reduciendo a dos las siete manzanas comprendidas entre las plazas Mayor, del Corriño y del Ocho y las calles de Especería, Lonja y Lenciería». A.M.V. Leg.1.060-11.

28. J. AGAPITO Y REVILLA. «Planos de Valladolid». Diario Regional 11 de Abril al 8 de Mayo de 1942. Entrega n.º 10.

29. Ibid. Entrega n.º 11.

30. J. AGAPITO REVILLA, op. cit. Entrega n.º 11.

31. Plano Topográfico de Valladolid y sus contornos, Cit. M.º A. VIRGLI BLANQUET. «Urbanismo y arquitectura.» En Historia de Valladolid, Tomo VI, Valladolid 1985, Págs. 457-504, Cfr. Pág. 480-482.

32. Proyecto de reforma de alineaciones reduciendo a dos... Op. cit. Informe de la Comisión, Pág. 2.

con el plano de Pérez Rozas, apenas aporta información sobre el estado de la misma, aunque es muy diferente en el tratamiento de los bordes de la ciudad, e incluso en el contenido dado a algunas manzanas y edificios singulares, como sucede por ejemplo en el caso de la Estación del ferrocarril del Norte.

La rapidez de las transformaciones urbanas durante el último tercio del siglo XIX —apertura de nuevas calles, cambios en la alineación de alguna de las ya existentes, ordenación de nuevos sectores, etc.— hizo poco menos que obligada la revisión del plano de J. Pérez Rozas de 1863³³. Al parecer los trabajos fueron iniciados, pero se desconoce si concluyeron. Un hecho avala, no obstante, la hipótesis de la frustración de los mismos; y es que, en los numerosos expedientes que con diferente objeto se elaboran en estos años, se sigue empleando como base el plano de 1863. Tal es lo que sucede con el plano de 1879 titulado «*Tranvía de Valladolid. Plano General*» y firmado por el ingeniero Francisco Balaguer. Forma parte este plano de un expediente elaborado con objeto de proceder a la instalación de una línea de tranvías, y abarca desde el Canal de Castilla hasta la Estación del ferrocarril. Dos años más tarde el mismo autor firma otro plano de carácter sectorial que, con el mismo objeto que el anterior, abarca desde la Plaza de San Pablo hasta la Estación del ferrocarril.

Con el objeto de ilustrar la obra de J. Ortega Rubio «*Historia de Valladolid*» se publica un nuevo «*Plano de Valladolid*», grabado por la litografía Fournier, que guarda gran semejanza —con la excepción del grafismo de la leyenda— con el que se había publicado en 1861 como complemento del «*Manual Histórico y descriptivo de Valladolid*», así como con el que acompaña a la obra «*El Indicador de Valladolid*» del año 1864³⁴. Es un plano de pequeñas dimensiones en el que se recoge el núcleo de población y alrededores, proporcionando, como en el caso de los anteriormente citados, una escasa información sobre el estado de la ciudad.

Mayor interés tiene, en cambio, el plano de 1881 firmado por Cipriano Díez que lleva por título: «*Plano de Valladolid. Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Comandancia General. Subinspección de Castilla la Vieja. Comandancia de Valladolid. Plaza de Valladolid*». Tal plano, de escala 1:5.000 parece hecho con la intención de localizar algunos edificios militares, en coherencia con las disposiciones en vigor sobre el levantamiento de planos de ciudades de interés militar o estratégico³⁵. Ello explicaría la ausencia de un detallado nomenclátor, así como la restringida utilización y escasa difusión del mismo. No deja de resultar sorprendente que J. Agapito Revilla en la detallada y exhaustiva relación de los planos de Valladolid publicada en el *Diario Regional*, no haga mención del mismo³⁶.

Del año 1882 datan una serie de cuatro planos, unos de carácter general y otros parcial, bajo el título común de «*Tranvías Interiores de Valladolid*», planos que tienen por objeto ilustrar las propuestas de trazado de diferentes líneas de tranvías en la ciudad. Como complemento de determinados proyectos de infraestructura urbana —alcantarillado, instalación de alumbrado público, etc.— se elaboran en los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX una serie de planos que tienen en común por lo general el cuidado detalle en el tratamiento de los sectores de la ciudad afectados y el relativo abandono de las periferias de la ciudad, precisamente las que mayor crecimiento estaban soportando y donde más notorios eran, sin lugar a dudas, los cambios. De importancia crucial, aunque no de calidad excepcional, es el conjunto de planos incluidos en el proyecto de Saneamiento General de Valladolid de R. Uhagón, y especialmente los que llevan por título «*Plano General*» de escala 1:10.000, en el que se realiza un detallado estudio topográfico del Sur de la ciudad, y el «*Plano General del Alcantarillado*» de escala 1:2.000 que si bien no difiere en la información sobre el estado de la ciudad del plano de J. Pérez de Rozas, aporta un detallado estudio del futuro proyecto de alcantarillado de Valladolid³⁷. El mismo carácter instrumental tienen, entre otros el plano del año 1884, que lleva

por título «*Canal del Duero. Plano General*», obra del mismo autor y que con escala aproximada de 1:50.000 recoge el trazado del Canal del Duero en el entorno inmediato de la ciudad; el «*Plano de Valladolid de la Sociedad Electricista Castellana*» de 1905, que ilustra el proyecto de sustitución del alumbrado público de petróleo por lámparas de incandescencia, el «*Plano de Valladolid*» del año 1906, que acompaña a un proyecto de instalación de tendido eléctrico propuesto por la Electra Popular Vallisoletana y el plano que lleva por título «*Tranvía de Valladolid. Plano General*» del año 1909, firmado por el ingeniero I. Rodríguez Zarracina, plano que, entre otras peculiaridades —como su orientación—, contiene una abrumadora información sobre los cambios en la toponimia y paisaje urbano de Valladolid³⁸. En 1890, además de los planos que acompañan al proyecto de Saneamiento de D. R. Uhagón, se publica un nuevo «*Plano de Valladolid*» por la imprenta de D. Leonardo Miñón, plano que no es sino una actualización realizada por D. Pedro Miñón del plano de J. Pérez Rozas de 1863. Por su calidad y por la inexistencia de otros planos suficientemente fiables fue muy difundido en los últimos años del

siglo XIX. Se utiliza en el Proyecto de Saneamiento General de Valladolid para ilustrar distintos aspectos relativos al saneamiento y estado sanitario de la población —índices de mortalidad, de natalidad, etc.— por calles—, igualmente aparece en 1894 unido al informe de la Junta Local de Sanidad, elevado al Consejo de Sanidad del Reino en cumplimiento del decreto de 23 de Marzo del mismo año, en el que se analiza el estado sanitario de la ciudad. Finalmente, en 1900 se utiliza para señalar el recorrido de la Línea de Tranvías y como ilustración de la Guía de Valladolid publicada por Álvarez del Manzano. Se incrementa en los últimos años del siglo XIX la presencia de planos en publicaciones de distinto signo, tales como guías, enciclopedias, libros de viaje, etc..., respondiendo a este origen: el «*Plano de Valladolid*» de Emilio Valverde y Álvarez del año 1886, el «*Plano de Valladolid*» publicado por la Casa Montero como complemento de la Memoria de Higiene y Estadística de la Ciudad de Valladolid de Salvino Sierra y Val y E. Muñoz Ramos del año 1896, plano de pequeño formato que si bien incorpora nuevos elementos presentes en la ciudad como la Plaza de toros, contiene en cambio notables errores como la ausencia de la calle Colmenares, abierta en 1893³⁹. Similares a éste podemos considerar el «*Plano de Valladolid*» que recoge el trazado del tranvía eléctrico de Valladolid a Simancas y Tordesillas propuesto en 1903, el «*Plano de Valladolid*» de 1897 que ilustra el artículo de Valladolid correspondiente al *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano de Literatura, Ciencias y Artes* y un pequeño «*Plano de Valladolid*», de 1905, publicado en Barcelona por la Tip. y Lit. de J. Casamajó⁴⁰.

En 1911, se publica un «*Nuevo Plano de Valladolid*» debido a A. González Iribas y presumiblemente en el mismo año —no se dispone de fecha exacta— se edita, por la casa Alberto Martín de Barcelona, un nuevo plano que lleva por título «*Plano de Valladolid revisado y facilitado por el Ayuntamiento*». Corresponde a una serie de planos de ciudades españolas que la citada editorial publicó a principios de siglo, previa revisión y actualización por parte de los Ayuntamientos. En el caso de Valladolid y en palabras de J. Agapito y Revilla «*se envió una prueba de la lámina correspondiente al Ayuntamiento, encargándome a mí de su revisión*»⁴¹. La función primordial de este plano fue la de «callejero» o nomenclátor, según la terminología de la época, estando su superficie cuadrículada con doble entrada, incluyéndose en el dorso la relación alfabética de las distintas calles de la ciudad. Puede considerarse como uno de los últimos planos de Valladolid que toman como referencia la base elaborada en 1863 por J. Pérez Rozas; cuatro años más tarde, en 1915 se publicarán los trabajos cartográficos del Instituto Geográfico Nacional iniciándose, a partir de ellos, una nueva etapa en la Cartografía Histórica de la ciudad de Valladolid.



IX. Iglesia de las Angustias. Litografía de S. Isla. «*Recuerdos y Bellezas de España. 1861*».

33. M^a A. VIRGLI BLANQUET. «*Desarrollo urbanístico y arquitectónico de Valladolid (1850-1936)*». Ayuntamiento de Valladolid. Valladolid 1979. 448 pp. Cfr. Pág. 42.

34. J. ORTEGA RUBIO «*Historia de Valladolid*». Valladolid. Imp. y Librería Nacional y extranjera de Hijos de Rodríguez, 1881.

35. M. BASSOLS COMA, *op. cit.* Pág. 111.

36. J. AGAPITO REVILLA, *op. cit.* Entrega n.º 11 y 12.

37. R. UHAGÓN, «*Proyecto de saneamiento general de Valladolid redactado en virtud de Orden del Excmo. Ayuntamiento*». Valladolid 1890. Documento n.º 2 «*Planos*». Cfr. Planos n.º 9 y 17.

38. B. CALDERÓN, S. MATA Y J.L. SÁINZ GUERRA, «*Cartografía de Valladolid. Parte segunda*». Ayuntamiento de Valladolid. Valladolid 1985, 59 pp. Cfr. Pág. 39 y sig.

39. S. SIERRA Y VAL Y E. MUÑOZ RAMOS. «*Memoria de higiene y estadística de la ciudad de Valladolid*». Imp. Librería y encuadernación de J. Montero, Valladolid 1896, 77 pp. E. VALVERDE Y ÁLVAREZ, «*Nueva Guía del Viajero en España y Portugal*». Imp. de Fernando Cao y Domingo del Val, Madrid 1886. Cfr. Págs. 470-471.

40. «*Diccionario enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*», Barcelona 1879. Cfr., Tomo XXIII, Págs. 124-125.

41. J. AGAPITO Y REVILLA, *op. cit.* Entregas n.º 12 y sig.

III. LA CRECIENTE COMPLEJIDAD DE LA CARTOGRAFÍA VALLISOLETANA (1915-1960). DE LOS PLANOS INFORMATIVOS A LOS PROPOSITIVOS

A partir de 1915 tiene lugar un cambio sustancial en las características de la cartografía sobre la ciudad de Valladolid; un cambio consistente en el abandono del carácter intuitivo y acientífico de la misma, por herencia directa del siglo XVIII y en menor medida del XIX, en favor de una cartografía más científica, técnica y ajustada a los más pequeños detalles de la realidad. Asimismo, el plano dejará de ser un documento exclusivamente informativo para convertirse en un material de trabajo de primera magnitud, sobre el que se opera para transformar la ciudad y en el que se recogen cuantas propuestas se elaboran con el objeto de impulsar un desarrollo regular de la misma.

Pero este cambio, con ser importante, no afecta a toda la producción cartográfica de este periodo; a lo largo de él, en efecto, todavía se siguen elaborando y publicando los planos pequeños —en formato—, grandes —en escala—, e imprecisos —en contenido—, propios del fecundo, desde la perspectiva cartográfica, periodo anterior. Tales planos coexistirán durante largo tiempo con otros, de forma y contenido más riguroso, fieles a la realidad, sobre los que se realizarán todas las propuestas encaminadas bien a ordenar el crecimiento, o bien a limitarlo.

El año que convencionalmente se ha elegido para trazar esta artificial frontera —1915— puede considerarse modélico, por cuanto en él están fechados dos planos que representan los viejos y nuevos procedimientos empleados en la producción cartográfica. El primero de ellos, titulado *Plano de Valladolid*, es de pequeño formato —15,5 x 17 cm.— y se incluye en la *GUÍA DE VALLADOLID* —entre las páginas 88 y 89— dedicada a los concurrentes al congreso celebrado en Valladolid del 17 al 22 de Octubre de 1915 por la Asociación para el Progreso de las Ciencias. Se imprimió, sobre grabado de J. Sánchez, en los talleres de Miñón, y pese a su reducido tamaño —escala 1:16.666— contiene una singular y variada información acerca de diferentes aspectos de la ciudad: localización de parroquias, monumentos, edificios públicos, oratorios, comunidades y congregaciones, así como las principales calles y barrios de la misma. Tanto por su contenido, como por el carácter de mera ilustración de una Guía o reseña provincial puede considerarse inserto en la tradición cartográfica decimonónica. Se le debe suponer una cierta fiabilidad, no obstante, pues no en vano en su elaboración intervinieron dos grandes conocedores de la ciudad de la época: J. Agapito y Revilla y Narciso Alonso Cortés.

Del mismo año data en cambio el que podemos considerar primera actualización y mejora del plano de J. Pérez de Rozas del año 1863. Tras más de cincuenta años de intensos cambios en la fisonomía y estructura del tejido urbano durante los que se continuó empleando, con las oportunas correcciones y ampliaciones, la base cartográfica anteriormente indicada, el Ayuntamiento consideró necesario proceder a la elaboración de un nuevo plano de Valladolid⁴². Los primeros proyectos datan del año 1911, siendo finalmente elaborado en 1915, sin que mediase encargo alguno, por el Cuerpo de topógrafos del Instituto Geográfico y Estadístico, y lleva por título *Instituto Geográfico y Estadístico. Trabajos topográficos. Provincia de Valladolid. Término Municipal de Valladolid*. Está formado por un total de sesenta y una hojas dibujadas a escala de 1:2.000 y divididas en dos zonas: la Zona 1.^a (Norte), fragmentada en 45 hojas, con fecha de 8 de Abril de 1915, y la Zona 2.^a (Sur), manuscrita como la anterior sobre papel cuadriculado, pero en este caso en dieciséis hojas numeradas, con fecha de 8 de Abril de 1915. Todas ellas están, como señala J. Agapito y Revilla «perfectamente delineadas, comprendiendo el trazado perimetral de manzanas, pudiéndose unir unas hojas a otras solamente yuxtaponiéndolas para formar el conjunto. Excusado parece indicar que llevan curvas de nivel, como era de rigor»⁴³. Parece ser que de este plano no tuvo noticia el Ayuntamiento, dado que se elaboró por iniciativa del citado Instituto, hecho ciertamente peculiar por cuanto por los mismos años estaba aquél empeñado en la misma labor. Años más tarde, J. Agapito y Revilla, a la sazón arquitecto municipal, propuso «se hicieran gestiones para adquirir un ejemplar o copia, y en efecto, pudo lograrse, para lo cual el personal del Instituto hizo un calco en papel tela en sólo cuatro hojas grandes que solamente costó al Ayuntamiento mil quinientas pesetas»⁴⁴. Sobre las citadas cuatro hojas se estuvo trabajando durante bas-

tantes años en las secciones de Obras y Edificaciones del Ayuntamiento, reemplazando en este cometido al ya muy envejecido plano de J. Pérez Rozas del año 1863.

Lamentablemente el uso que se dio a este plano, tanto a las sesenta y una hojas, como a la reducción en cuatro hojas de gran formato que según señala J. Agapito y Revilla adquirió el Ayuntamiento, fue muy limitado. Prueba de ello es el hecho de que en los años siguientes, los planos que se publican por distintas entidades privadas, continúan empleando bases anteriores e incluso meras actualizaciones del plano de 1863. A este grupo pertenece el plano de 1922, plano elaborado por «... el notable dibujante Señor Rodríguez Díaz...» que lleva por título *Valladolid. Plano de la Capital*, editado por la *Casa Santarén* y que ilustra, junto con otras dos láminas debidas al autor citado —una de la provincia y otra del itinerario de automóviles dentro de la ciudad— la *Guía Anuario de Valladolid* y su Provincia del mismo año⁴⁵. Es un plano de pequeño formato —28,5 x 36— y contiene los nombres de algunas calles y edificios, así como el detalle, en el ángulo inferior izquierdo, del primitivo barrio de la Rubia, el más alejado del continuo edificado y en el que tan sólo existían «... un buen número de merenderos y de fincas de recreo y labranza...», pese a lo cual y por su situación y buena comunicación «... está llamado a ser uno de los más bellos parajes de la ciudad»⁴⁶. El mismo plano se repitió por la misma casa en 1927 sin que se introdujesen en él novedades dignas de mención. En 1926 y dentro de la obra *Spanische Städte. Ire Bauliche Entwicklung und Ausgestaltung* del alemán Oscar Jurgens, se publicó un nuevo plano que lleva por título *Valladolid*, formando parte de un atlas con planos de distintas ciudades españolas⁴⁷. Al igual que el anterior es de pequeño formato —escala 1: 10.000—, describe el núcleo de población con la organización en manzanas y las plantas de cubiertas de algunos edificios singulares. Incluye, asimismo, el trazado perimetral de las distintas cercas de la ciudad, pero el estado de la misma no se corresponde con el año de su publicación; mantiene, en efecto, y entre otros errores de menor entidad, el trazado completo del ramal Sur del Esqueva, cuando éste había sido anulado y desviado en el año 1911.

De los años 1915 y 1925 datan dos planos singulares de carácter parcial uno y general el otro respectivamente, sobre los que se realizan sendas propuestas de «ciudad jardín» para Valladolid. El primero de ellos, del año 1915, corresponde a un *Plano en perspectiva de la Ciudad Jardín Alfonso XIII*; su autor fue J. Mestre Fossas y la iniciativa correspondió a la empresa Fomento de la Propiedad S.A., radicada en Barcelona. Comenzó la construcción de la Ciudad Jardín Alfonso XIII en el barrio de la Rubia, «con la edificación de seis casas que forman una manzana... de construcción sólida y ventiladísima, con mucha luz y cámara de aire para evitar la humedad»⁴⁸. El segundo de los planos citados lleva por título *Croquis de Valladolid con el proyecto de Ciudad Jardín*. Su autor fue A. Gutiérrez Lázaro y el proyecto está fechado en el año 1925⁴⁹. Contiene el citado plano una desmesurada propuesta de Ciudad Jardín en la margen derecha del río Pisuerga, entre el puente Mayor y el puente Colgante, extendida por el Oeste hasta Zaratán. Tan ambicioso proyecto se justificaba por razones de índole higiénica y económica, puesto que si bien es cierto que «el área de Valladolid es muy extensa, pero su vecindario aumenta considerablemente con la emigración pueblerina, resultando hoy arduo problema el encontrar una habitación desahogada en condiciones económicas. Además, la mayoría de las actuales viviendas, aun las del centro de la ciudad, son completamente antihigiénicas y se hace precisa la demolición de las mismas. Por otra parte, para hacer menos angustiosa la economía familiar de la clase media y de la numerosa clase obrera aquí vecindada, es necesario también facilitarles vivienda cómoda, salubre y económica, dándose el caso actualmente de haber sido elevados los alquileres en más de un veinte por ciento, y en algunas viviendas lo ha sido en un ciento por ciento al cambiar de inquilinos»⁵⁰. Ante tan preocupante situación, A. Gutiérrez Lázaro proponía construir,

45. «Guía Anuario de Valladolid y su provincia», editada por la Casa Santarén, Valladolid. Imprenta Castellana, 1922, 455 pp. Cfr. pág. 6.

46. *Ibid.* pág. 26.

47. OSCAR JURGENS, «Spanische Städte. Ire Bauliche Entwicklung und Ausgestaltung». Atlas Hamburg Kommissionsverlang, L. Friederich sen und Co. 1926. Lámina 9. Biblioteca Nacional. Sección Mapas y Planos, G. M. -110.

48. «La ciudad Jardín Alfonso XIII», J. MESTRE FOSSAS, 1915, Norte de Castilla, 15 de Octubre de 1915.

49. A. GUTIÉRREZ LÁZARO; «La Ciudad Jardín...» Op. cit. Pág. 4.

50. AMBROSIO GUTIÉRREZ LÁZARO, «La ciudad Jardín vallisoletana como medio para estimular el desarrollo industrial y económico de Valladolid». Memoria sobre los proyectos, utilidades y medios de acción de la Compañía constructora. Tip. Benito Allén. Plaza del Duque 12 y Reyes 1. Valladolid 1925.

42. «Muévenos a ofrecer dicho trabajo á la Il. lre. Corporación Municipal, el deseo de coadyuvar a los nobilísimos propósitos que según resulta de sesiones anteriores parece la anima para que en el más breve término y con la mayor economía posible, haya un plano de esta ciudad detallado y exacto, sobre el cual puedan proyectarse toda clase de reformas y mejoras, que la pongan a la altura que la corresponde». Anteproyecto de plano de la ciudad de Valladolid, Ingenieros D. Félix López y Pérez del Campo y D. Federico Martín de la Escalera. Año 1911, A.M.V. 961-16.

43. J. AGAPITO REVILLA, op. cit., Entrega n.º 14.

44. J. AGAPITO REVILLA, op. cit., Entrega n.º 15.

por medio de la empresa «Colonizadora Castellana» una nueva ciudad. Las diferencias en el trazado —acusadamente ortogonal— con relación a la ciudad existente, quedan perfectamente reflejadas en el croquis que complementa la memoria de Ciudad Jardín propuesta.

De 1922 data otro nuevo plano de Valladolid que lleva por título *Sociedad industrial Castellana. Canal del Duero. Plano de la distribución de aguas en Valladolid*. Se trata de un plano de gran calidad, fiable, elaborado a partir de la base cartográfica de 1915 del Instituto Geográfico y Estadístico. Con ello se ratifica la idea de que, si bien tal base no tuvo mucha difusión desde el punto de vista editorial, si se utilizó, en cambio, como soporte de numerosas propuestas de carácter técnico dentro y fuera del Ayuntamiento de Valladolid.

Del año 1927 data otro pequeño *Plano de Valladolid* incluido en la GUÍA MICHELIN, de pequeño formato —16,5 x 16,5 cm.—, pero muy anticuado también «por tener aún los brazos del río Esgueva atravesando la población, cuando ya habían desaparecido y substituidos por el canal que corre por el Norte de la ciudad». Lleva sobreimpuesta una cuadrícula de doble entrada, a modo de callejero, para una rápida localización de los edificios, talleres mecánicos, hoteles, líneas de tranvías y carreteras de entrada a la ciudad recogidos en la leyenda del lado izquierdo del mismo.

Similar información contiene el *Plano de Valladolid* publicado en 1929 con el objeto de ilustrar el artículo de Valladolid en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana*⁵¹. Pese a la fecha en que se publica, el plano es bastante anterior, pudiendo corresponder al estado de la ciudad en la década 1910-1920. Al igual que los precedentes es de pequeño formato —21 x 27 cm.—, contiene, en el ángulo superior izquierdo, una leyenda en la que se identifican los principales edificios oficiales y monumentos de la ciudad. Aporta escasa información sobre el estado de la misma, tanto por su tamaño —no se incluyen los barrios del Sur— como por su objetivo —complemento del artículo dedicado a Valladolid dentro de la citada enciclopedia—. Se cierra con este plano el conjunto de documentos elaborados sin tener en cuenta los nuevos trabajos cartográficos realizados por el Instituto Geográfico y Estadístico del año 1915.

La década de 1930-1940 puede considerarse crucial en el desarrollo de la cartografía sobre la ciudad de Valladolid; y ello no tanto porque los planos que a lo largo de ella se elaboran tengan una calidad excepcional, sino porque gran parte de ellos unen al carácter meramente informativo el propositivo; el plano deja de ser, en efecto, un documento que refleja únicamente el estado de la ciudad para incorporar distintas propuestas encaminadas a ordenar su crecimiento. Tan trascendental cambio se inicia en 1931 con el *Plano de Valladolid* que acompaña al «Proyecto de Limitación de la Zona Constructiva de la población. Valladolid y sus ensanches» del Ingeniero E. García Frías. En alguna medida tal plano puede considerarse heredero del grafismo propio de la cartografía decimonónica y en particular del plano de 1863, si bien es cierto que está debidamente actualizado al haberse recogido en él las más importantes modificaciones tanto en su interior como en la periferia. Se pretendía con tal proyecto que «el Ayuntamiento, de una vez para siempre, delimitase las zonas de su término municipal donde deberá autorizar la construcción de edificios, y para los cuales podrá establecer sus servicios»⁵². A tal fin se realizan, sobre el plano, una serie de propuestas de crecimiento en los distintos barrios, tributarias en cierta medida de la estructura y dimensiones de la red de alcantarillado en las que no sólo se señalan en cada caso los límites que cada uno de ellos podía alcanzar, sino que se realiza además una muy somera lotificación. Las propuestas más relevantes corresponden a los barrios de La Victoria, Tranque, Delicias, San Isidro, La Farola, La Esperanza y La Rubia.

En 1932 está fechada la Hoja n.º 372 *Valladolid* del Mapa topográfico Nacional escala 1:50.000, en la que se incluye, en el ángulo superior izquierdo, un pequeño croquis de la ciudad. Mayor formato y calidad presenta un nuevo plano de escala 1:10.000 que lleva por título *Cartografía Militar de España. Plano Director*.



X. Iglesia de San Juan de Letrán. Litografía de S. Isla. «Recuerdos y Bellezas de España. 1861».

Hoja 372-IV. *Valladolid. Cuadrante N.E.*; fue editado en los talleres del Instituto Geográfico y Catastral en 1935 y contiene información no sólo del núcleo de Valladolid, sino también de sus alrededores, con indicación de caminos, pagos, accidentes topográficos e incluso el dibujo del parcelario en algunas fincas y huertas próximas a la ciudad. Como señala J. Agapito Revilla, «constituye un documento de inmensísimo aprecio para tener una idea clara, precisa y circunstanciada del Valladolid al finalizar el primer tercio del siglo XX»⁵³.

De la misma época —década de 1930-1940— data un nuevo *Plano de Valladolid*, de escala 1:5.000, compuesto por dos hojas correspondientes al Norte y Sur de la ciudad respectivamente. En cada una de ellas se recoge información sobre lo «nuevo y reformado» y acerca de lo «desaparecido»; es por lo tanto un plano meramente informativo, en el que se sintetizan los principales cambios habidos en la ciudad en los años inmediatamente anteriores a su elaboración, es decir, en la primera mitad de la década de los años treinta. Evidencia un conocimiento cabal del estado de la edificación, grado de ocupación de las manzanas, alineaciones y usos del suelo —todos ellos rotulados— y, aunque carece de firma, puede afirmarse que fue elaborado por los técnicos del servicio de Arquitectura del propio Ayuntamiento.

Carece también de fecha un nuevo plano que lleva por título *Plano Guía de Valladolid*, elaborado por la Oficina de Información del Patronato Nacional de Turismo. De pequeño formato —38 x 38— y escala gráfica de 0 a 500 metros, se acompaña de una profusa leyenda a ambos lados del mismo, datando, muy probablemente, de la primera mitad de la década de los años treinta. Es un documento asimismo de carácter meramente informativo, complemento de una guía y no difiere, en su grafismo y contenidos, de otros planos anteriores incluidos en diversas publicaciones ya sean también guías o enciclopedias.

Pocos años después de la aprobación y publicación del proyecto de limitación de la Zona constructiva y tras el abortado intento de la elaboración de un Plan de Urbanización —previa rectificación y ampliación del plano de 1915— promovido por J. Agapito Revilla y la propia alcaldía «encargó el Ayuntamiento en 1938 al Arquitecto D. César Cort Boti, catedrático de Urbanología de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, aprovechando la oportunidad de estar dicho señor en la zona libre de la dominación marxista, el estudio de un plan de urbanización de nuestra ciudad, comprendiendo la reforma de las alineaciones de las calles de la población actual y de la extensión que para lo futuro pudiera dársele»⁵⁴. La propuesta de C. Cort se hizo tomando como base cartográfica el plano de 1915; sobre copias del

mismo «se trazaron las modificaciones que se proyectaban y ensanche propuesto, haciéndose unas y otras en cuatro grandes hojas y los detalles, como yo los llamo, en 56 hojas a la misma escala en que se subdividió el conjunto para su mejor manejo. Y se hizo también una reducción del mismo a escala 1:5.000 para poder observar con más comodidad y facilidad el conjunto que lleva la fecha de 4 de Noviembre de 1938»⁵⁵. Comprende por lo tanto la cartografía del Plan de Urbanización de Valladolid dos series de planos. La primera, bajo el epígrafe general de Urbanización de Valladolid, está formada por una base cartográfica de sesenta hojas sobre papel tela en cuatro tintas y escala 1:2.000 y una reducción titulada *Plano General* de escala 1:5.000 en la que se refleja de modo sintético el estado de la ciudad en 1938; una y otra no son sino meras actualizaciones del plano de 1915 del Instituto Geográfico y Estadístico. La segunda, que lleva el mismo encabezamiento, es decir Urbanización de Valladolid, aparece con el subtítulo de *Plano general de Ensanche y Reforma Interior*; comprende también una base cartográfica en cincuenta y seis hojas y una reducción a escala 1:5.000 en la que se recogen las propuestas para el futuro desarrollo de Valladolid.

De los primeros años de la década de 1940-50 data una *fotografía aérea de Valladolid*, de escala aproximada 1:32.000 que, aun quedando fuera del contexto propiamente cartográfico, resulta sumamente valiosa como punto de referencia en

51. «Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana», Espasa Calpe, Bilbao 1929. Tomo LXVI. Entre las páginas 992-993.

52. Sección de Vías y Obras. Limitación de la zona constructiva en la población de Valladolid y sus ensanches. Valladolid 10 de Septiembre de 1931. E.O. A.M.V. Leg. 2.027-7.

53. J. AGAPITO REVILLA, op. cit. Entrega n.º 17.

54. J. AGAPITO REVILLA, op. cit. Entrega n.º 17.

55. Ibid, entrega n.º 18.

el análisis de la cartografía de los años inmediatamente anteriores y aún posteriores. Fue elaborada por los técnicos de la Quinta región aérea.

Pese a que Valladolid contaba desde 1915 con un plano completo y detallado, levantado por el Instituto Geográfico y Estadístico a escala 1: 2.000, el incremento progresivo de la superficie edificada, las modificaciones de su interior y la necesidad de disponer de un plano de mayor escala en los servicios técnicos del Ayuntamiento, hicieron aconsejable la elaboración de otro completamente nuevo, con el que se subsanasen los inconvenientes anteriormente citados. A tal fin y «porque parte del personal del Instituto Geográfico y Catastral estaba en la zona libre durante la Guerra... el alcalde D. Luis Funoll y Mauro aprovechó los servicios de aquél... y convino la ejecución de un nuevo plano»⁵⁶.

Se inició de este modo, y en 1937, el levantamiento del que J. Agapito Revilla denomina «Plano Novísimo de 1941 (E. 1:500), plano en el que trabajaron el Director General del Instituto Geográfico y Catastral y Coronel del Estado Mayor D. Félix Campos Guereta y entre otros D. Tomás Mirones, que había colaborado también en el plano de 1915 y D. Lorenzo Ortiz Iribas, que había intervenido también en el Plano de Urbanización de 1938. Se presentó este plano Novísimo en 155 hojas de 90 x 60 cm. a escala 1:500, lo que «... ha permitido indicar con algún detalle todo lo aparente sobre la superficie de calles, plazas y terrenos extensos, por lo que se han situado los postes de alumbrado, tapas de registro de aguas, gas, alcantarillado, teléfonos, bocas de riego, sumideros o absorbaderos, ban-

56. J. AGAPITO REVILLA, *op. cit.* Entrega n.º 19.

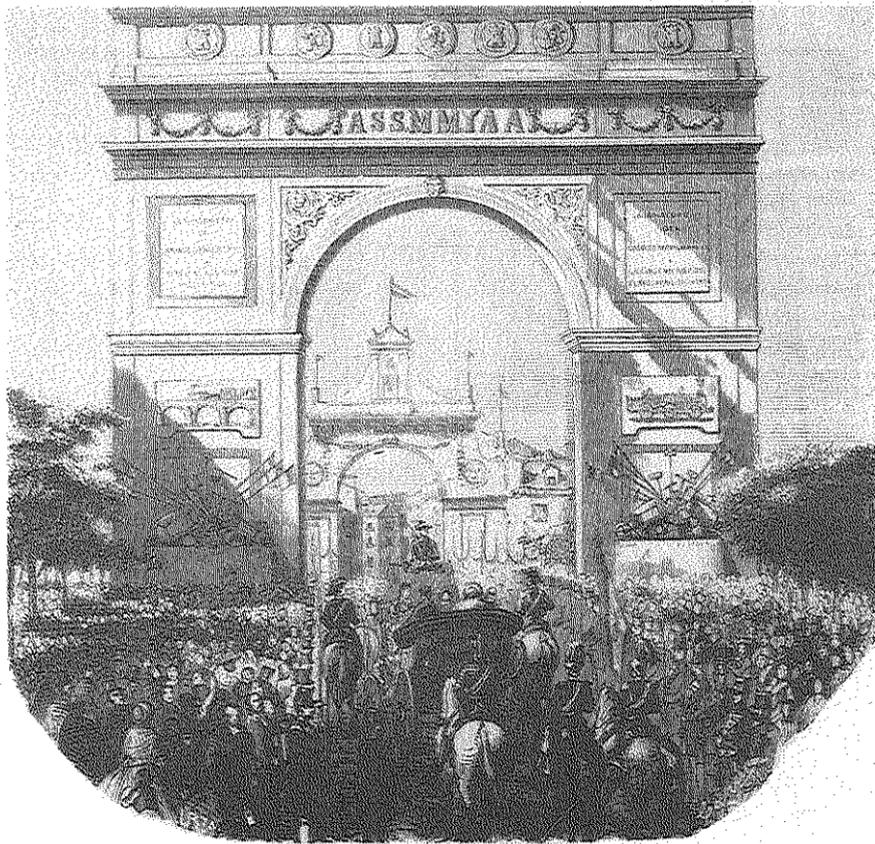
cos, etc..., en fin, todo lo que se ve sobre la vía o terreno público»⁵⁷ es, sin lugar a dudas, uno de los mejores planos de la ciudad, comparable por su formato y contenidos al plano de Madrid; información de la ciudad del año 1929.

En 1945 está fechado un nuevo plano, de escaso valor, que lleva por título *Plano índice Histórico Comercial de Valladolid*. Impreso en dos tintas —negra para señalar los límites y roja para representar lo edificado— se acompaña, en todos sus lados, de propaganda de diferentes comercios de Valladolid.

De la primera mitad de la década de 1950-60 datan tres planos de Valladolid de contenido y calidad muy desiguales. Dos de ellos, el que lleva por título *Plano de Valladolid* de Afrodisio Aguado —año 1950— y el más florido *Plano de la muy Noble, Leal, Heroica y Laureada ciudad de Valladolid* del año 1952, tienen una muy escasa importancia; pero en cambio un tercero, cuyo título es *Reforma de alineaciones al Plano General de Valladolid*, vuelve a recuperar el carácter de los planos de 1931 y 1938 puesto que no en vano puede considerarse como una actualización y adaptación de las propuestas que el Plan de Urbanización de Valladolid de 1938 había realizado para el centro de la ciudad.

Finalmente, en los años anteriores a la elaboración del Plan General de Ordenación Comarcal de 1970, se publica un nuevo *Plano de Valladolid*, que en alguna medida podemos considerar descontextualizado, por cuanto en él son dominantes los aspectos meramente informativos frente a las nuevas necesidades del planeamiento sentidas por la ciudad.

57. J. AGAPITO REVILLA, *op. cit.* Entrega n.º 19.



XI. Arco en el Campo Grande. Grabado de Tomás Capuz. «De Museo Universal», 1858.

IV. VALLADOLID EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS SESENTA. UNA NUEVA CIUDAD, UNA NUEVA CARTOGRAFÍA

A lo largo de la década de 1960 tiene lugar un cambio radical en las características de la cartografía al que no es ajena en absoluto la cartografía de Valladolid; un cambio que se venía gestando desde principios de siglo y que afecta a todo el proceso de elaboración de la misma al reemplazarse, progresivamente, los tradicionales métodos artesanales empleados en su elaboración por procedimientos mecánicos, de entre los que el levantamiento cartográfico a partir de la fotografía aérea y la restitución cartográfica por medio de ordenador son elementos esenciales. Como consecuencia de todo ello, y merced al desarrollo de nuevas técnicas de reproducción y la cada vez mayor demanda de información por parte de la sociedad, la cartografía abandona los reducidos grupos de poder en los que se gestaba y por los que circulaba en el pasado, para difundirse hasta extremos insospechados.

Pero no serán sólo las transformaciones técnicas las que definen a la nueva cartografía; paralelamente a ellas tiene lugar un cambio en sus objetivos, consistente en la sustitución del plano como reflejo de la realidad por el plano como simple proyecto, en el que los aspectos morfológicos se ven desplazados en favor de los que definen el espacio desde perspectivas administrativas, jurídicas o simplemente de gestión. En este contexto se produce una brusca simplificación de los códigos gráficos así como una limpieza de la información que tradicionalmente acompañaba a la cartografía histórica, hasta convertir al plano en un documento ciego, sin intencionalidad ni carácter y de complicada lectura, un documento que no guarda la misma relación con la ciudad que en el pasado. Es el final de la cartografía histórica.

Pero, a partir de 1960, no sólo se inicia una nueva etapa en cuanto a la producción cartográfica en general y de la ciudad en particular, sino que también y paulatinamente se asiste a un profundo cambio en la escala y significado de las operaciones urbanas impulsado sin lugar a dudas por las nuevas condiciones económicas y sociales y apoyado, directa o indirectamente, por la Ley sobre el Régimen del Suelo y Ordenación urbana de 1956. El punto de inflexión lo constituye el Plan General de 1970, plan que inaugura en Valladolid un conjunto de estrategias en el proceso de producción de la ciudad adaptadas a la citada Ley del Suelo, al tiempo que cierra una etapa histórica tanto desde la perspectiva cartográfica como urbanística.

En efecto, hasta la década de los años sesenta la intervención en la ciudad ha seguido procedimientos que podemos considerar tradicionales: la ocupación de suelo liberado gracias a la desamortización y la reforma de alineaciones. En uno y otro caso, las actuaciones se localizan en la ciudad tradicional —siendo por ende muy escasa la creación de nuevo suelo urbano— y, al igual que sucede en otras ciudades españolas, el resultado más palpable es la edificación en altura y consiguiente densificación de la ciudad; en cambio, y éste es quizá el aspecto más sobresaliente, tales procedimientos dejarán de ser operaciones de carácter individual, de pequeña entidad, para pasar a formalizarse en proyectos, planes u ordenanzas, teóricamente vigentes hasta la aprobación del Plan General de Valladolid de 1970. El Plan de Urbanización de Valladolid de 1939 —también conocido como plan Cort—, las Ordenanzas de edificación de 1945 y los diversos proyectos de reforma de alineaciones, son los hitos más sobresalientes en este proceso⁵⁸.

Pero, a la urgencia, carencias y tensiones que la elaboración de los proyectos indicados pone de manifiesto y que afectan preferentemente al interior de la ciudad, se habían venido a sumar, desde 1940, las provocadas por la ocupación —ordenada o no— de la periferia; de una parte porque había continuado e incluso acentuado la instalación de población en los «núcleos de extrarradio» tradicionales o en los nuevos suburbios, y de otra porque se han incorporado nuevas unidades residenciales —los Grupos de Viviendas Protegidas— por lo general ubicados en las áreas intermedias entre la ciudad tradicional y los «núcleos de extrarradio», así como porque, en 1963, se inicia la ocupación de la margen derecha del río Pisuerga —Primera fase de la Huerta del Rey— merced a la promoción del Instituto Nacional de la

58. Junto al proyecto de reforma de alineaciones al plano general de Valladolid de febrero de 1950, hay que situar otros, de carácter más detallado, de entre los que sobresalen: la Reforma parcial de alineaciones en el barrio de la Victoria de diciembre de 1959, la Reforma de alineaciones en la zona comprendida entre el Paseo Zorrilla, calle de la Azucarera, Ferrocarril Madrid-Irún y Matadero Municipal de enero de 1960, la Reforma de alineaciones y nuevas vías en el polígono comprendido entre la carretera de Madrid, Paseo Farnesio y Carretera de Circunvalación de enero de 1960, la Reforma parcial de alineaciones en el barrio de las Delicias de febrero de 1960, la Reforma de alineaciones del barrio nuevo de Santa Clara de marzo de 1960, el Proyecto de alineaciones en el barrio de España de mayo de 1960, la Reforma de alineaciones entre las calles García Morato, Paseo Zorrilla, río Pisuerga y grupo 4 de Marzo de mayo de 1962 y la Reforma parcial de alineaciones de las manzanas entre los jardines de la Rubia, Cañada de Puente Duero, Ronda de Mediodía, Ferrocarril y Matadero Municipal de mayo de 1965. A. FONT ARELLANO Y OTROS, «Valladolid, procesos y formas del crecimiento urbano». 2 Vol. Valladolid 1976. Cfr. Vol I, págs. 139 y sig.

Vivienda en primer término y de la iniciativa privada poco después. A todo ello habría que añadir una nada desdeñable producción periférica de suelo industrial bien por iniciativa oficial —Polígonos de Argales I en 1963 y Argales II en 1966— o bien de carácter espontáneo, apoyada sobre infraestructuras viarias preexistentes.

En estas condiciones, el Ayuntamiento de Valladolid, siguiendo un mandato de la Ley sobre el Régimen del Suelo y Ordenación Urbana de 1956, y ante el creciente caos urbanístico, acomete la empresa de elaborar un Plan General de Ordenación, entendido no como un elemento de planificación inmediata, sino como un esquema ordenador del territorio al que todas las iniciativas urbanísticas debían subordinarse. Con ello se pretendía dar solución a dos problemas crónicos en las ciudades españolas y por ende en Valladolid: la especulación y la irregularidad del crecimiento urbano, problemas que en buena medida pueden considerarse heredados del modelo de crecimiento de corte liberal-capitalista decimonónico. Tan ambiciosos objetivos, que implicaban por vez primera en el ordenamiento jurídico español una intervención directa de los poderes públicos en las facultades dominicales relativas al uso del suelo y su edificación, habían de ser, a la postre, causa de su fracaso. La falta del necesario reglamento para el desarrollo de la Ley del Suelo, la confusión en materia de competencias entre los diversos estamentos de la Administración y las políticas sectoriales en materia de industria —Decreto de 26 de Enero de 1963 del Ministerio de Industria sobre Liberalización Industrial—, de turismo —Ley sobre Centros y Zonas de interés turístico de 28 de Diciembre de 1963—, y de vivienda —II.º plan Nacional de la Vivienda de 1961—, anularon la posible eficacia de una ley que, por otra parte, era quizá excesivamente avanzada dado el contexto político y social de la época en que fue promulgada⁵⁹.

Ahora bien, pese a estos problemas, porque realmente constituía una necesidad y porque al fin y al cabo era un mandato legal, el Ayuntamiento de Valladolid formalizó, en 1963, el encargo de la redacción de un Plan General, concretado un año más tarde en diversos avances que no constituyen un planeamiento propiamente dicho. En 1968, la Dirección General de Urbanismo y el Ayuntamiento de Valladolid, a la luz de las irreversibles transformaciones derivadas de la rápida industrialización y crecimiento de la población, retoman el proyecto, modificando la figura legal del Plan General Municipal por la del Plan General Comarcal de Ordenación en el que se incluyen, además del municipio de Valladolid, los de Arroyo de la Encomienda, Boecillo, Cabezón, La Cistérniga, Fuensaldaña, Laguna de Duero, Renedo, Santovenia de Pisuerga, Simancas, Tudela de Duero, Viana de Cega, Villanubla y Zaratán⁶⁰.

Lamentablemente, el Plan General llegaba demasiado tarde y no contenía los mecanismos esperados para hacer frente a la especulación y a la consiguiente destrucción de la ciudad tradicional; antes al contrario, sancionaba ambos procesos planteando una edificabilidad desmesurada —12 m³/m²—, con lo que agotado el proceso de ocupación de solares entre medianeras y suelo intersticial, proceso iniciado en el siglo XIX, comienza otro nuevo, en este caso sancionado por ley, con el que no sólo se contiene la destrucción de la ciudad, sino que por el contrario se acentúa al sustituirse, a partir de muy pequeñas promociones, una parte nada desdeñable del viejo caserío por edificaciones de mayor volumen y elevada e inmediata rentabilidad⁶¹.

Pero, no fue en absoluto el Plan General el único responsable; a las facilidades contenidas en el mismo hay que añadir, asimismo, la en ocasiones interesada tolerancia municipal, la falta de revisión del Plan de Alineaciones de 1950 y la utilización en la práctica de las Ordenanzas Municipales de 1945, utilización que contribuyó a desfigurar, hasta hacer irreconocible, un espacio equilibrado, tanto en su morfología como en su funcionalidad y estructura social. En realidad durante los años inmediatamente posteriores a la aprobación del citado Plan General, se estaba procediendo a la creación de una ciudad nueva sobre las ruinas de la antigua, mediante la sustitución paulatina de una porción nada desdeñable de su

59. G. ALOMAR ESTEVE, «Memorias de un urbanista, 1939-1979». Mallorca 1976, 168 pp. Cfr. Págs. 60 y sig.

60. B. CALDERÓN, S. MATA y J. L. SÁINZ, «La cartografía de Valladolid. Parte Tercera». Ayuntamiento de Valladolid 1986, 61 pp. Cfr. Págs. 53 y sig.

61. «Entre 1970 y 1974 se procede a la demolición en el interior de la ciudad de aproximadamente 2.000 viviendas —484 licencias de derribo—, que serán sustituidas por 9.800 nuevas viviendas y oficinas, cantidad ésta que equivale al 63 por 100 de la construcción total del municipio en el citado período. Revisión y Adaptación de Plan General de Ordenación urbana de Valladolid y Comarca». Documento de trabajo n.º 27. Análisis de la promoción inmobiliaria y del mercado del suelo. Tomo I. Valladolid capital. Pág. 11.

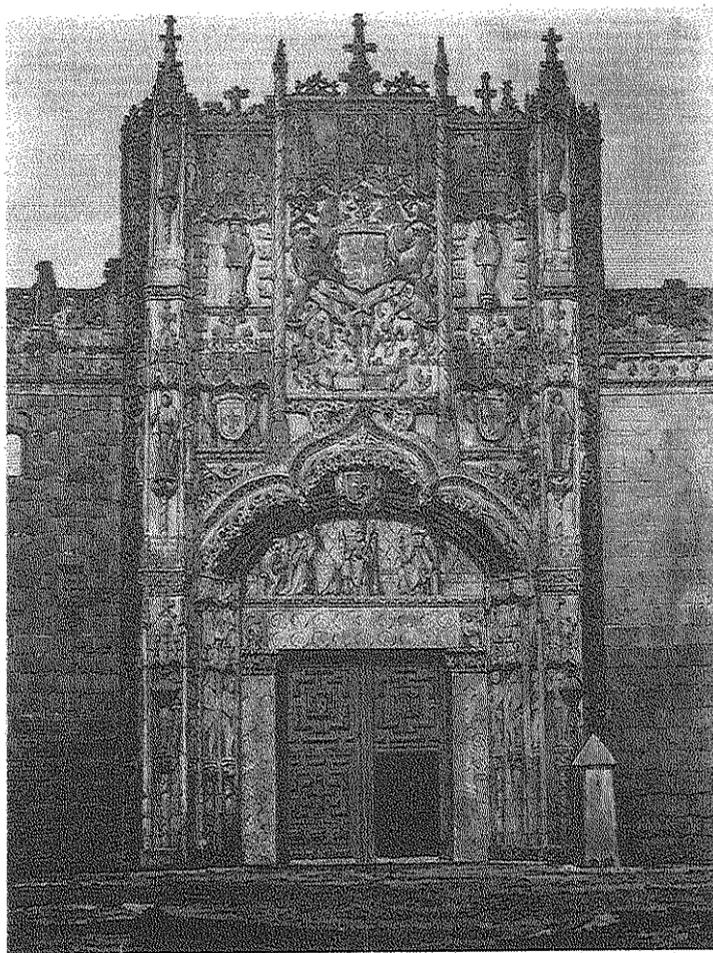
patrimonio edificado, sin tener en cuenta su estado o su valor histórico-monumental.

La crisis económica, durante la segunda mitad de la década de 1970, paralizará una gran parte de las otrora rentables pequeñas promociones que serán sustituidas por otras de mayor envergadura —en ocasiones manzanas completas— previa reforma de alineaciones y aprovechamientos; a tal fin se hará un uso abusivo de figuras de planeamiento contenidas en la Ley del Suelo de 1975 y particularmente de los Estudios de Detalle que simplificarán y agilizarán su tramitación y gestión, siendo el propio Ayuntamiento el que toma en ocasiones la iniciativa junto a organismos financieros e instituciones religiosas, entre otros.

Además de facilitar y alentar la intervención dentro de los límites de la ciudad tradicional y de su periferia más inmediata, el Plan General proponía el desarrollo, la extensión de la ciudad, mediante formulaciones desmesuradas —como en

el caso de las propuestas para el Sur de la misma— pero adaptadas en cambio a las necesidades e intereses de la gran propiedad y gran promoción; destacan en este caso la calificación y zonificación de extensos sectores que, tras atravesar no pocos avatares, darán lugar a las áreas residenciales del Parque Arturo Eyries, Parquesol y Torrelago y los polígonos industriales del Cabildo I —162 has.— el Cabildo II —133 has.— y San Cristóbal —229 has.—.

A lo largo de la década de los años sesenta se cierra una etapa importante en la evolución de la ciudad de Valladolid; la que a partir de ese momento se inicia coincide con un cambio nada desdeñable en la escala y significado de los fenómenos urbanos; y es que, quebrada la armonía de la ciudad tradicional, bien por las actuaciones previas a la aprobación del Plan General de 1970, o bien a causa de las que de él se derivan, una nueva ciudad emerge sobre el solar de la antigua, una ciudad que exige un nuevo tratamiento, tanto desde la perspectiva social y política, como cartográfica.



XII. Fachada del Colegio de San Gregorio. Grabado de Tomás Capuz. «De Museo Universal», 1858.

BIBLIOGRAFÍA

- J. AGAPITO REVILLA. *Las calles de Valladolid. Nomenclátor histórico*. Imp. y Librería Casa Martín. Valladolid 1937.
- J. AGAPITO REVILLA. «Planos de Valladolid». *Diario Regional*. 11 de abril a 8 de mayo de 1942.
- J. AGAPITO REVILLA. «Valladolid en el siglo XX». *El Norte de Castilla*. 1 de enero de 1901.
- J. AGAPITO REVILLA. «Tres trazados de la iglesia mayor de Valladolid en un dibujo». *Diario Regional*, 28 de abril 1943.
- J. AGAPITO REVILLA. «Las casas Consistoriales de Valladolid». B.S.C.E. Valladolid 1909 y 1910.
- D. ALCALDE PRIETO. *Manual Histórico y descriptivo de Valladolid*. Valladolid 1861. Hijos de Rodríguez.
- M. ALONSO BAQUER. *Aportación militar a la Cartografía Española en la Historia Contemporánea*. Instituto de Geografía Aplicada del Patronato «Alonso de Herrera» C.S.I.C. Madrid 1972.
- J. ANTOLÍNEZ DE BURGOS. *Historia de Valladolid (1887)*. Edición Facsímil de la publicada en 1887 por D. Juan Ortega y Rubio. Grupo Pinciano. Valladolid 1987.
- F. ARRIBAS ARRANZ. *El incendio de Valladolid en 1561*. Universidad de Valladolid. Facultad de Filosofía y Letras. Valladolid 1960.
- M. BASSOLS COMA. *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*. Ed. Montecorvo. Madrid 1973.
- A. BEGINES RAMÍREZ. *Los Pajarillos Altos de Valladolid: de un suburbio marginado a un suburbio integrado*. Departamento de Geografía. Valladolid 1973.
- B. BENNASSAR. *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno rural en el siglo XVI*. Ámbito. Valladolid 1989.
- A. BUSTAMANTE GARCÍA. *La arquitectura clasicista del foco vallisoletano (1561-1640)*. Institución Cultural Simancas. Valladolid 1983.
- B. CALDERÓN CALDERÓN. *Valladolid en el siglo XIX: transformaciones espaciales en el inicio del proceso urbano contemporáneo*. *Cartografía y Ciudad*. Cuadernos de Urbanismo n.º 2. Ayuntamiento de Valladolid 1991.
- B. CALDERÓN; S. MATA; J. L. SÁINZ. *La cartografía de Valladolid*. 3 volúmenes. Ed. Ayuntamiento de Valladolid, 1982, 1985, 1986. 55, 59 y 61 pp. Edición facsímil de 14 planos históricos.
- C. CARRICAJO CARBAJO. *Las Arcas Reales Vallisoletanas. Una obra singular para una Ciudad y unos monumentos singulares*. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Valladolid. Valladolid 1984.
- F. CHUECA GOITIA. *La catedral de Valladolid. Una página del Siglo de Oro de la arquitectura española*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 1947.
- A. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ. *Aspectos del urbanismo vallisoletano en torno al año 1500: puertas, arrabales y puentes*. Instituto de Geografía Aplicada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 1976.
- E. FERNÁNDEZ DE DIEGO. *El barrio de San Andrés de la ciudad de Valladolid*. Departamento de Geografía. Valladolid 1971.
- M. R. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ. *Edificios municipales de la ciudad de Valladolid de 1500 a 1561*. Secretariado de publicaciones de la Universidad de Valladolid. Valladolid 1985.
- M. A. FERNÁNDEZ DEL HOYO. *Desarrollo urbano y proceso histórico del Campo Grande de Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid. Valladolid 1981.
- A. FONT y otros. *Valladolid. Procesos y formas de crecimiento urbano*. 2 tomos. Delegación de Valladolid del Colegio de Arquitectos de Madrid. Valladolid 1976.
- J. GARCÍA FERNÁNDEZ. *Crecimiento y estructura urbana de Valladolid*. Barcelona 1974.
- C. GARCÍA-VALLADOLID. *Valladolid. Recuerdos y Grandezas*. 3 tomos. Valladolid, 1900, 1901, 1902. Ed. Facsímil. Grupo Pinciano 1981.
- J. GRIJALBA BENGOTXEA; D. VILLALOBOS ALONSO. «Veintidós palacios de Valladolid» en *El Sereno de Valladolid* n.º 29, abril 1987.
- A. GUTIÉRREZ LÁZARO. *La ciudad jardín vallisoletana como medio para estimular el desarrollo industrial y económico de Valladolid*. Tip. Benito Allén. Valladolid 1925.
- L. S. IGLESIAS ROUCO. *Urbanismo y arquitectura de Valladolid. Primera mitad del siglo XIX*. Ayuntamiento de Valladolid. 1978.
- R. L. KAGAN. *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Ed. El Viso. Madrid 1986.
- A. DE LABORDE. *Itinerario descriptivo por las provincias de España*. Trad. Libre. Segunda Ed. Corregida y aumentada. Valencia. Imp. de J. Ferrer. 1826.
- A. DE LABORDE. *Voyage pittoresque et historique de L'Espagne*. París. L'Imprimerie de P. Didot. L. Aine MDCCCXX. Tomo II. 2ª parte.
- P. MADDOZ. *Diccionario Geográfico Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid 1849. Tomo XV. Edición Facsímil. Ámbito. Valladolid 1984.
- M. MAÑUECOS VILLALOBOS; J. ZURITA NIETO. *Documentos de la Iglesia Colegial de Sta. María la Mayor (hoy Metropolitana) de Valladolid*. 3 vols. Valladolid 1920.
- J. MARTÍ Y MONSÓ. *Estudios histórico-artísticos relativos principalmente a Valladolid basados en la investigación de diversos archivos*. Valladolid 1898-1901.
- J. J. MARTÍN GONZÁLEZ. *Reformas urbanísticas y arquitectónicas del Valladolid decimonónico*. Valladolid 1973.
- J. J. MARTÍN GONZÁLEZ. *Arquitectura doméstica del Renacimiento en Valladolid*. Valladolid 1948.
- J. J. MARTÍN GONZÁLEZ; F. J. DE LA PLAZA SANTIAGO. *Catálogo Monumental de la provincia de Valladolid. Antiguo Partido Judicial de Valladolid*. Tomo XIII. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid 1976.
- J. J. MARTÍN GONZÁLEZ; J. URREA FERNÁNDEZ. *Catálogo Monumental de la provincia de Valladolid. Antiguo Partido Judicial de Valladolid*. Tomo XIV 1ª y 2ª parte. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid 1985-87.
- J. J. MARTÍN GONZÁLEZ. *Valladolid. Grabados y litografías*. Grupo Pinciano. Valladolid 1988.
- M. D. MERINO BEATO. *Urbanismo y arquitectura de Valladolid en los siglos XVII y XVIII. Tomo I, siglo XVII*. Ayuntamiento de Valladolid 1989.
- A. ORTEGA Y RUBIO. *Historia de Valladolid*. Valladolid 1881.
- A. ORTEGA Y RUBIO. *Documentos curiosos acerca de Valladolid y su provincia*. Valladolid 1888.
- J. ORTEGA RUBIO. *Los pueblos de la provincia de Valladolid (1895)*. Edición facsímil de la de 1895. Grupo Pinciano y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid. Valladolid 1979.
- J. M.ª PALOMARES. *La comisión de Reformas Sociales y la condición obrera en Valladolid*. Universidad de Valladolid 1985.
- J. M.ª PALOMARES. *El patronato del Duque de Lerma sobre el Convento de San Pablo de Valladolid*. Universidad de Valladolid 1970.
- J. M. PÉREZ CHINARRO. *Edificios municipales en la provincia de Valladolid*. Institución Cultural Simancas. Valladolid 1986.
- A. PONZ. *Viaje de España seguido de los dos tomos del viaje fuera de España*. M. Aguilar ed. Madrid 1974. Tomo XI.
- J. M. QUADRADO. *Recuerdos y Bellezas de España. Valladolid*. Ilustraciones de F. J. Parcerisa. Edición Facsímil de la de 1861. Ámbito. Valladolid 1990.
- A. REBOLLO MATÍAS. «La Plaza y Mercado Mayor» de Valladolid, 1561-1595. Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid. Valladolid 1989.
- J. J. RIVERA BLANCO. *El Palacio Real de Valladolid (Capitanía General de la VII Región Militar)*. Institución Cultural Simancas. Diputación Provincial de Valladolid. 1981.
- L. RODRÍGUEZ MARTÍNEZ. *Historia del Monasterio de San Benito El Real de Valladolid*. Caja de Ahorros Popular de Valladolid. Ateneo de Valladolid. Valladolid 1981.
- A. RUCQUOI. *Valladolid en la Edad Media: la villa del Esgueva*. Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Valladolid 1983.
- A. RUCQUOI. *Valladolid en la Edad Media. I. Génesis de un poder. II. El mundo abreviado (1367-1474)*. Ed. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura. Valladolid 1987.
- G. RUEDA HERRANZ. *La desamortización de Mendizábal en Valladolid (1836-1853)*. Inst. Cultural Simancas. Valladolid 1980.
- E. RUIZ Y GONZÁLEZ DE LINARES. *Las sociedades económicas de los amigos del país*. Institución Fernán González. Burgos 1972.
- J. L. SÁINZ GUERRA. *Las huellas de la ciudad en la cartografía de Valladolid hasta el siglo XIX*. *Cartografía y Ciudad*. Cuadernos de Urbanismo, n.º 1, Ayuntamiento de Valladolid 1990.
- D. SÁNCHEZ ZURRO. «Valladolid, mercado de granos y núcleo dinamizador de la economía castellano-leonesa». Ed. Facsímil del *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico* de P. Madoz. Ed. Ámbito. Valladolid 1984.
- M. SANGRADOR. *Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII*. Dos Volúmenes. Valladolid 1851 y 1854.
- SERVICIO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO. *Cartoteca histórica. Índice de Atlas Universales y mapas y planos históricos de España*. Madrid 1974.

- S. SIERRA Y VAL. *Memoria de higiene y estadística de la ciudad de Valladolid*. Imp. Librería y encuadernación de J. Montero. Valladolid 1896.
- R. UHAGÓN. *Proyecto de Saneamiento general de Valladolid redactado en virtud de Orden del Excmo. Ayuntamiento*. Valladolid 1890.
- J. URREA FERNÁNDEZ. *La Catedral de Valladolid y Museo Diocesano*. Ed. Everest. León 1978.
- J. URREA FERNÁNDEZ. *Breve historia de la Plaza Mayor de Valladolid*. Ed. Banco de Santander, Valladolid 1981.
- J. URREA FERNÁNDEZ. *Planos, Dibujos y Maquetas de Valladolid*. Catálogo de la Exposición. Caja de Ahorros Popular de Valladolid 1984.
- V. A. Herrera y el clasicismo. *Ensayos, catálogo y dibujos en torno a la arquitectura en clave clasicista*. Junta de Castilla y León, Valladolid 1986.
- V. A. *Historia de Valladolid*. 8 tomos. Ateneo de Valladolid: 1979-88.
- E. VALVERDE. *Nueva guía del Viajero en España y Portugal*. Imp. y Lib. de Fernando Cao y Domingo del Val. Madrid 1886.
- M.^a A. VIRGILI. *Desarrollo urbanístico y arquitectónico de Valladolid (1850-1936)*. Ayuntamiento de Valladolid. Valladolid 1979.
- F. WATENBERG. *Desarrollo del núcleo urbano de Valladolid desde su fundación hasta el fallecimiento del Felipe II*. Ayuntamiento de Valladolid 1956.